

# METROID

*El asalto a Mundo Agrícola*

Escrito por

**Jesús José Camacho Lucas-Torres**

@chexual



**la historia hasta ahora**

## **AVISO +18**

**Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.**

## **ANTES DE EMPEZAR**

**Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.**

**sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades**  
**@chexual**

# **METROID**

*El asalto a Mundo Agrícola*

**Jesús José Camacho Lucas-Torres**

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

La historia del Mundo Agrícola se erigió sobre cenizas. Calor, sudor, y sangre. Los agricultores no habían visto otra cosa, y a pesar de todo allí seguían. Trabajando. Un pueblo altruista, humilde y orgulloso como tantos otros. Putos tarados.

Los pueblos gustan de presumir valores similares, ensalzan la abnegación que raya en esclavitud moral y se vanaglorian del yugo que soportan porque el bien común les une y ser necesarios los destaca. Ese era su dogma y su ancla, y la única razón por la que todavía no se habían marchado del infierno. Eran necesarios.

Así se lo habían enseñado a Jack Pierce, durante toda su vida aunque nunca tan claro, pues el sometimiento avergüenza si se expresa en voz alta. El orgullo, mejor clandestino, no vaya a confundirse con vanidad. Así lo recordaba mientras volvía a casa a almorzar, enfundado en su traje frigorífico después de supervisar las podas en la plantación de vid austral, y así intentaba él transmitírselo a sus hijos, confiando en que, de hacerlo bien, conseguiría que encontrasen algo de sentido a sus labores en aquel exilio voluntario, ya fuese engañándose a sí mismos o madurando una satisfacción genuina por la agricultura.

No les había ido mal. Tenían estabilidad, familia, dinero. Un rancho que podría ser una aldea y que desde su establecimiento generaciones atrás no había dejado de sumar parajes hasta convertirse en una de las mayores granjas del planeta. Si seguían en el infierno era porque las llamas eran de oro.

Así habían crecido sus hijos; doblando el espinazo, sí, pero con rodilleras, y eso lo inquietaba. Sobrevivir es un trabajo sin facilidades, y todo lo que habían construido se podía venir abajo por una mera imprudencia, algo a lo que su prole se inclinaba con cierta despreocupación.

Atravesó la puerta de la cúpula y se quitó la escafandra. Dejó su montura en manos de un bryyo'mak y enfiló el camino a casa, aunque se detuvo observando la parsimonia con que la cleoptra se dejaba dirigir hacia los establos. Llevaba varios años en contacto con las gentes de Bryyo. Se alegraba de poder llamar amigos a algunos de ellos, y todavía no había perdido un ápice de la fascinación que sintió cuando vio al primero. Se trataba de reptiles inteligentes de seis extremidades con largas melenas pardas que se extendían a lo largo de su lomo. Eran empáticos, atentos, y sentían un profundo respeto por la conservación de la naturaleza y sus criaturas, algo que las bestias del rancho percibían de manera casi extrasensorial. Adoraban el fuego y soportaban bastante bien el calor, no en vano por su planeta natal corrían ríos de gel fuel. Bryyo estaba inmerso en una guerra civil desde antes de que la Federación se asentase en Norion. Los chozo habían participado en el conflicto, pero la humanidad decidió no tomar parte más allá del aporte de ayuda humanitaria y abriendo las puertas a cualquier reptilicus (así se referían a su especie antes de entablar contacto con ellos) que quisiera huir del horror. Mundo Agrícola necesitaba mano de obra resignada y resistente, y pronto fue el destino prioritario al que la Federación destinaba a los refugiados bryyo'mak.

Los pocos trabajadores que había bajo la cúpula a esa hora saludaban a Jack a su paso levantando la cabeza o llevándose una mano al sombrero. Los niños que eran demasiado pequeños para ir a la escuela se entretenían jugando con las gallinas mientras sus padres tendían la ropa tras el cristal del porche y sus madres enjabonaban las paredes de sus casas, que nunca estaban lo suficientemente limpias debido a la polvareda que levantaban los pies en aquella tierra tan trillada.

Su perro Sidon, un cruce de collie merlé con el pelo blanco moteado y ojos de distinto color, corrió hacia él en cuanto lo vio. Ya tenía algunos años, y cojeaba, pero seguía esforzándose por hacer alegrías a quien quisiera recibirlas. Dio vueltas a su alrededor y saltó apoyándose en sus piernas hasta que Jack se agachó para acariciarle. Le lamió la mano, y luego se acercó a una mujer que amamantaba a un bebé sentada a la sombra de su cabaña mientras dos niñas que no tendrían más de tres años comían galletas de chocolate. Se sentó entre ellas y, con el hocico, empujó a una en el brazo y puso la pata sobre su rodilla, pidiéndole un poco. La mujer se rio y les dijo a las niñas que le diesen una, pero Jack les advirtió que el chocolate le sentaba mal, así que a cambio le dieron unas buenas caricias y se tumbaron sobre él a dormir.

La mansión Pierce, como sus empleados y el resto de la colonia la conocían, era la edificación privada más grande de la Isla de Balfour. Se

había ganado el apodo por un capricho de su tía Amadea, la cuñada de su padre, que había insistido en instalar un porche de madera auténtica, importada de la Tierra, en la fachada principal de la casa, aunque ya era llamativa antes. Tenía dos plantas sobre el nivel del suelo, algo con lo que ningún edificio del rancho contaba, y ventanas de cristal para que entrara luz natural. El porche era un alarde innecesario de opulencia, nada del gusto de Jack, y desentonaba con el resto de la casa, que era de metal como todas las demás. Sin embargo la madera era cara y escasa, y creía irresponsable retirarla sin que se le pudiera dar otro uso.

Al heredarla, Jack compró las partes de sus hermanos y sus primos y se instaló allí con su mujer, Grace, a solas. Lo cierto es que les sobraba espacio, pero lo preferían. Crecer con sus primos había sido lo suficientemente traumático como para no hacerle lo mismo a sus propios hijos.

Cuando subía las escaleras del porche, que crujió bajo su peso, un griterío lejano le hizo darse la vuelta. Escuchó la voz rasgada de un reptilicus gritando su nombre mientras corría.

— ¡Señor Pierce, cuidado!

Una cleoptra frenética galopaba sin control levantando la arena tras de sí. Había varios bryyo'mak persiguiéndola a pie, también algunos humanos montados haciendo bailar sus lazos en el aire y lanzándolos sin resultado. Los veía hablar, pero no acertaba a escucharlos porque los bramidos de la cleoptra los eclipsaban. Era un sonido chirriante que no emitían para comunicarse, sino que se debía al movimiento de sus articulaciones y al choque de sus miembros contra los segmentos de exoesqueleto al moverse de forma errática a tal velocidad.

Jack acudió corriendo, agitando los brazos impetuosamente con la intención de asustarla y así obligarla a detenerse el tiempo suficiente para que la pudiesen capturar, dispuesto a lanzarse a un lado si el animal no cambiaba su rumbo. La tenía casi encima cuando, al girar, sus patas patinaron sobre el polvo y perdió el equilibrio. Cayó al suelo con un ruido sordo, y la inercia la hizo dar varias vueltas sobre sí misma hasta chocar con el porche de su casa. Pudo apartarse por los pelos.

— ¡Jack! ¿Estás bien?

G'ne se acercó a él jadeando. Era uno de los reptilicus que más tiempo llevaban en la granja, casi treinta años. Su pelo, antaño rojo como el fuego, había dejado a la vista una espalda gris y endurecida, y el poco que le quedaba en la cabeza había perdido su vigor y colgaba lacio y cada vez más canoso. Le tendió una de sus cuatro manos y tiró de él con fuerza.

— Sí, gracias. ¿Qué ha pasado?

Observó a la cleoptra retorcerse, sujeta por ambos extremos, mientras un hombre intentaba abrirse paso entre la maraña de patas para poder inyectar un tranquilizante en la piel amarillenta de su abdomen, dado que

las placas de su lomo, de un tono azul intenso muy brillante, eran duras como una roca.

Las cleoptras habían evolucionado en Mundo Agrícola a partir de ejemplares de ciempiés que llevaron allí para estudiar el comportamiento de diferentes especies terrestres bajo ese clima. El mayor ejemplar que se introdujo medía cerca de cuarenta centímetros. Las modificaciones genéticas, la gran disponibilidad de oxígeno de la atmósfera del planeta y la velocidad a la que se reproducían fueron determinantes para su crecimiento, pero fue el extravío de algunos ejemplares tras el accidente de la nave que los transportaba lo que marcó un punto de inflexión: libres en un mundo sin depredadores pero de escasos recursos, se reprodujeron luchando por lo que la agricultura daba de sí y alcanzaron descendencia de un metro y medio de longitud en apenas una veintena de generaciones. En la actualidad había ejemplares de dos metros. Su velocidad las hacía muy útiles como montura, y no se tardó en domesticarlas. Se desenvolvían bien entre los cultivos leñosos, que obstaculizaban el avance de los vehículos, y la gran articulación de sus cuerpos les permitía avanzar entre los hilos de una sola zancada sin comprometer la salud de las plantas.

— No tengo ni idea. Llevaba un par de semanas echa un ovillo sobre sus huevos, no se ha movido más que para llevárselos a la boca, pero hace un rato ha empezado a chillar como loca y a golpearse contra la puerta de su cuadra como si quisiera salir del establo, y cuando la moza ha ido a ver qué le pasaba, la ha embestido y ha huido.

— Putos bichos... Estas bestias son tan portentosas como imprevisibles. ¿La muchacha está bien?

— Creo que se ha roto la nariz. Ya debe estar camino de Artiga, un compañero se la ha llevado al hospital.

— Ha hecho bien. Luego me pasaré por los establos a que me contéis qué le han dicho. Espero que no sea nada.

— Sí, yo también.

El bryyo'mak se dio la vuelta y se inclinó para acariciar a la cleoptra, que había dejado de aullar y ahora solo respiraba hondo y pausado. El sonido de sus espiráculos al abrirse y cerrarse, similar al de la lengua cuando se separa del paladar, siempre le había parecido desagradable.

— Oye, G'ne, ¿qué ha pasado con los huevos?

— No he podido pasar al establo, así que no estoy seguro, pero se han roto algunos. Al echar a correr he visto que aún se le escurrían del abdomen. Imagino que el resto seguirán allí pegados.

— Qué mierda. ¿Puedes pedirle a alguien que los recoja tan pronto como pueda? Quisiera que naciesen todos los que están sanos, y con la cleoptra en este estado no sé si estarán seguros.

La cría de cleoptras era difícil. Cada puesta constaba generalmente de decenas de huevos, pero la herencia genética modificada y posteriormente



seleccionada daba lugar a un gran número de mutaciones incompatibles con la vida. La mayoría de fetos no eran viables, y los que llegaban a nacer no prosperaban después de un año. La esperanza de vida de la especie rondaba los ocho o nueve, y se consideraba que entre cinco y diez crías sanas constituían una buena camada.

— Claro, lo haré yo mismo.

Jack sonrió para darle las gracias y subió al porche aliviado. Las crías de una buena raza de cleoptras podían venderse por un buen precio, y Mundo Agrícola era el único lugar de la Federación donde podían conseguirse. Era un negocio lucrativo, pero ni de lejos el más importante del rancho, y aquella mañana tenía otros muchos que atender.

La órbita de Alula Australis fue la primera que se calculó para una estrella binaria, en el siglo XIX AE. Constaba de cinco elementos agrupados en dos componentes principales, Alula A y Alula B, que giraban en una órbita excéntrica alrededor de un centro de masas común.

Alula A estaba formada por una enana amarilla muy luminosa, prácticamente gemela del Sol, a la que los colonos tuvieron el privilegio de bautizar como Baco. A su alrededor giraba una enana roja, mucho más tenue, a la que llamaron Hermutis. No obstante, fue Alula B la que recibió el esfuerzo de los investigadores al descubrirse un planeta que mantenía una atmósfera afable, rica en nitrógeno y oxígeno. Tenía accidentes geográficos que evocaban la presencia de agua, y en sus lechos, repartidos por toda su superficie, albergaba huellas de vida. El suelo era abundante en carbono e hidrógeno, y se encontraron restos que parecían orgánicos y como tal los confirmó el examen de las primeras muestras que se recogieron, donde identificaron estructuras similares a las zoosporas flageladas de los hifomycetozoa terrestres. El hallazgo generó cierta alarma al traer consigo la posibilidad de que existiesen microorganismos enquistados que, ante la terraformación suave que se llevaría a cabo, reaccionasen favorablemente eliminando sus barreras químicas, algo que ocurría con frecuencia en algunas especies conocidas y que permitiría una hipotética interacción entre el microorganismo y el ser humano, con resultados imprevisibles entre los que destacaba la posibilidad de desarrollar procesos morbosos y potencialmente mortales. El riesgo, sin embargo, no paralizó los trabajos, sino que los afinó. Avanzaron con calma y cuidado.

A Alula B también la constituían dos estrellas enanas. Alula Ba, que tras el asentamiento de los agricultores se conocería como Dionisio, era una amarilla, y Bb, en el futuro Byggvir, una marrón. Byggvir y Dionisio giraban una respecto de la otra y el centro de masas sobre el que lo hacían era el eje que articulaba también al planeta rocoso que se convertiría en la colonia Mundo Agrícola. La disposición espacial de las estrellas del sistema daba al planeta la particularidad de recibir energía de manera constante, aunque irregular: la radiación que recibía dependía del momento del período orbital en el que se encontrase.

Un año duraba poco más de quinientos cincuenta y cuatro días, tomando en cuenta el recorrido en torno a Alula B, pero B y A completaban su trayectoria en más de cincuenta y nueve años, y durante ese tiempo la posición de las estrellas cambiaba, lenta pero inexorablemente, dando lugar a fenómenos como los eclipses solares múltiples o los arcos nocturnos que, aunque eran bellos, en el último caso sobre todo a vista de satélite, no parecían compatibles con una actividad humana sana.

La radiación solar que recibía la superficie de Mundo Agrícola puso en duda su viabilidad para ser terraformado y albergar bases, pero la energía de cuatro soles no podía discriminarse a la ligera. Por eso la investigación no se dirigió en un primer momento a la creación de un asentamiento donde la humanidad pudiese vivir, sino al establecimiento de granjas energéticas con gestión automatizada. De cualquier forma, la intervención humana a pie de campo era necesaria. Necesitaban obreros para instalar los paneles, ingenieros que supervisasen y coordinasen la instalación y el almacenamiento, directores de operaciones que integrasen los diferentes equipos de trabajo junto con el mantenimiento de las baterías y los envíos, y desarrolladores y programadores que especializarían varias decenas de androides en aquella nueva profesión de acuerdo a las pautas que dictasen los técnicos.

Algunos trabajadores podrían llevar a cabo su función desde una estación espacial, pero los obreros necesitaban un lugar donde vivir, y para ellos se creó el primer prototipo de vivienda subterránea, de paredes macizas y eficientes que recolectaban luz solar e impedían el exceso de radiación, a partir de las cuales se desarrollarían las maravillas arquitectónicas que eran las granjas modernas. El planeta, de haber llegado a término aquel proyecto (al que dieron más de un siglo de margen para su compleción por lo ambicioso de la empresa), habría quedado cubierto por granjas fotovoltaicas, algunas de varios cientos de hectáreas, que acumularían la energía de cuatro soles para su uso en la Tierra y sus colonias. De esta forma, la actividad humana se habría limitado a la coordinación de transportes y el mantenimiento de las instalaciones, dando cierto margen al trabajo a distancia, pero antes de que se proyectasen siquiera las obras en el hemisferio Norte y con una explotación del Sur francamente deficiente, antes incluso de que los androides fuesen capaces de manipular las placas

según la experiencia que los operarios intentaban transmitir a los programadores, en América Latina estalló una nueva crisis medioambiental que amenazaba con escalar en poco tiempo para convertirse en un drama humanitario.

Se conoció como la crisis latinoamericana de cultivos, y cambió por completo el futuro de Mundo Agrícola.

La puerta de entrada del Rancho Pierce también era de madera, y se atascó cuando Jack intentó abrirla. Era algo que solía ocurrir, pero el incidente con la cleoptra había distraído a Jack y cuando intentó pasar se golpeó la nariz con el canto. Sofocó una maldición y atravesó el vestíbulo masajeándose la.

La recepción de la casa era una sala grande cubierta de conglomerado a imitación de madera de sabina y decorada con muebles recargados y fastuosos, con filigranas y flores en las alfombras y en el marco de cuadros pintados al óleo, suelos fragilísimos de baldosas con motivos simétricos en azul y dorado y sillas tapizadas a juego con sofás mullidos llenos de cojines donde hacían esperar a los invitados, todo muy al gusto de su difunta tía. La puerta de la escalera estaba oculta por un anturio deslumbrante, su mujer le abrillantaba las hojas con leche cada dos o tres semanas. A la derecha estaba su despacho, una prolongación del vestíbulo en cuanto a estilo, quizá menos florido pero igualmente opulento con su madera y sus tapices, y al fondo, una cocina pequeña, la única habitación privada que no estaba bajo tierra. Les gustaba desayunar con luz natural directa, no la que reflejaba el sistema de iluminación de la casa, y pasaban mucho tiempo allí.

Antes de entrar escuchó a su hijo Solomon riéndose sin aire. Por las horas, supuso que estaría almorzando con su primo.

— Hola, papá.- lo saludó sin entusiasmo. Tenía una tostada de jamón mordisqueada en una mano y una gota de aceite le resbalaba por la comisura de la boca.

— Hombre, tío, ¡buenos días!- levantó su tenedor, del que colgaban algo de carne y restos de huevo.- ¿Bacon?

— Buenos días, Martin. No hace falta, ya me sirvo yo. ¿Cómo estás?

— Bien, como siempre.

— ¿Y tu madre?

— También. Está en la oficina con sus cuentas, ya sabes. No sale de allí ni para mear.

Jack hizo una mueca.

— Como debe ser. Vosotros tendríais que hacer igual. ¿No es un poco pronto para estar aquí comiendo, gandules?

— Vaya, lo mismo digo.- replicó su hijo.

Solomon acababa de cumplir diecinueve años. Tenía el pelo oscuro, como él, los ojos marrones y una boca grande de labios gruesos que apenas se movía cuando sonreía. De sus cuatro hijos, era el que más se había interesado por el negocio familiar. Desde muy joven le gustó salir al campo y ayudar en lo que podía, más jugando a imitarlo que trabajando al principio, pero a partir de los catorce o quince años era como uno más. Los capataces lo respetaban y hacían buenas migas con él, a veces iban juntos a la cantina o los encontraba a la sombra de algún refugio tocando la guitarra y jugando a las cartas. A los menores de diecisiete años no se les permitía trabajar por ley, pero quienes hacen las leyes no saben lo que es el trabajo, y los agricultores sí. En Mundo Agrícola todos hacían la vista gorda, se cubrían los unos a los otros cuando había inspecciones, y estaba bien. Al final los ranchos de la colonia eran comunidades pequeñas, y todo el mundo tenía hijos o primos o hermanos que se habían pasado a saludar, nada más.

Los años de trabajo habían abultado los músculos de Solomon y habían ensanchado su espalda, aunque su fuerza y su apariencia reservada ocultaban una naturaleza caprichosa y negligente. Su hermana Hannah había intentado hasta la extenuación llevarse con ella a Solomon y a Martin, su hijo, para enseñarles cómo funcionaba el rancho más allá de las máquinas y las monturas, pero ellos no le prestaban atención y solo veían pasar papeles y números hasta que les dejaba irse. Eso preocupaba a Jack, porque a pesar de su edad Solomon tenía claro que quería quedarse en el rancho. Quería trabajar y hacer que aquello creciese aún más, pero no era consciente de cuán diversificado estaba el trabajo y cuando intentaban hacérselo entender, no atendía. Solomon quería partirse el lomo cuanto antes, pasar los días y vivir las noches, y con el dinero que ganaría pagar a alguien que se ocupase de las cuentas y le hiciese ganar más dinero. Quizá su hermano James, un cerebritito, o cualquiera de sus primos.

— He venido porque espero visita. Gente a la que te presentaría si supiese con certeza que te mostrarías tan profesional como exige tu puesto.

Solomon resopló, haciendo bailar los rizos que le caían sobre los ojos ocultando su ceja partida.

— No empieces. Solo soy un labrador.

— También lo es tu primo Alphie.

Le dio la espalda y cogió un poco de pan y dos tiras de bacon que había en una bandeja sobre la encimera. Estaba frío, pero la grasa no se había endurecido. Solomon odiaba que lo comparasen con nadie. Sabía cuál iba a ser su reacción y prefería no verla. Una mueca disgustada, quizá una carcajada irónica, y un comentario sarcástico. Lo que no esperaba es que también se riese su sobrino. Martín era mayor que Solomon, aunque no era tan dispuesto como él. Trabajaba en la granja porque dejó pronto los estudios y allí no había muchas más opciones, pero el campo era sucio y descuidado, no estaba hecho para él. Prefería los invernaderos, donde podía estar sin traje bajo los cristales fotocromáticos, dando de comer a los peces mientras escuchaba música y cantaba para las plantas.

— Llevas toda la vida comparándome con Alphie, y si lo conocieras de verdad no le tendrías tanta estima.

— Ah, ¿no?

— No. Se gasta en putas todo lo que gana.

— Solomon, tío...- le rechistó su primo.

La moralidad se disuelve buscando experiencias intensas en un lugar sin alternativas de ocio, pero los agricultores se protegen, se cubren, respetan el pacto de silencio. A Martín tampoco le gustaba que endiosasen a Alphie como lo hacían, pero él también tenía por qué callar.

— ¿Qué más da? Lo sabe toda la isla, en el burdel de Sace le pusieron su nombre a una suite.

— ¿En serio?

— Suite King Alphonsus. La más cara con diferencia.

— Estás bien informado.

— Claro que sí, adoro a Alphie. Nos mantenemos al tanto de lo que nos pasa.

— Pues no me gusta nada el ejemplo que has puesto para desprestigiarlo. Deja que las putas hagan su trabajo.

— ¿Las putas? ¿Quién juzga a las putas? El problema son los puteros. Quiero a mi primo y no intento desprestigiarlo, se desprestigia él solo. El rancho no prosperará si en vez de invertir aquí su dinero se lo gasta en explotar pobres.

— El rancho tampoco prospera si no trabajas cuando hay que trabajar. ¿Dónde estabas esta mañana? Te he buscado un buen rato hasta que lo he dejado por imposible. Anoche te dije que fueses al refugio de Las Pozas temprano para explicarles a los tractoristas cómo mezclar el peróxido.

Solomon abrió mucho los ojos, hasta dejó de masticar. El vino austral era uno de los productos más rentables que explotaba su familia, así que

trataban a las cepas con un cariño rayano en la personificación. Jack le había pedido que cuidase de ellas, y a él se le había olvidado.

— No me dijiste nada.

— Claro que sí.

— Que no.

— Lo hice. Pero da lo mismo. ¿Dónde estabas?

— En la Noria del Tuerto. Le he dado un riego al trigo.

— ¿Qué tal va?

Últimamente los cereales no engordaban demasiado. Había demasiada población en la isla de Balfour, en consecuencia, demasiados cultivos, y el agua a veces no alcanzaba para todos. El año pasado habían tenido restricciones, y el planeta seguía su camino en dirección al periastro, así que ese año nada hacía pensar que no las tendrían.

— Pues seco y cansado.

— Una información concisa y bien presentada.

— ¿Cómo quieres que esté? Está rompiendo, y ahora que le he dado un agua pues podrá dar un empujoncito. ¿Y las viñas qué?

— Bien. Solo han tratado la parcela que linda con la sierra. Hasta dentro de dos o tres días no van a terminar de podar.

— ¿Ves? No es tan grave que no haya ido.

Prefirió obviar su comentario porque podrían pasarse la eternidad regateando con monosílabos.

— Me gustaría que te ocupases de la desinfección el sábado. El año pasado detectamos yesca en diecisiete plantas, y si no vamos con cuidado este año puede ser un desastre.

— Te preocupas demasiado, papá. No hay misterio en aplicar el antifúngico, le das un pistoletazo con la manguera, que se quede bien mojada, y a otra planta.

— Bueno, pero quiero que lo hagas tú.

— Joder, papá, ¿un sábado?- preguntó cabreado.

— El jueves habrán terminado, y cuanto menos tiempo pase hasta la aplicación, menos tiempo tienen los hongos de penetrar la madera.

— Pero el sábado tenía planes.

— Sólo serán unas horas, por la mañana.

— Cago en la puta...- musitó entre dientes.- Los hongos, macho, ¿cómo es que no se han muerto todavía con la radiación que chupa este planeta?

— Si los hongos piensan, pensarían eso mismo de ti.

Solomon miró a su primo con la boca reducida a una fina línea.

— Muy profundo, Martin, pero eso no va hacer que me libre de currar este fin de semana.



— Qué más da, tío, si es como darse un paseo. Llévate a Sidon en el tractor y así os entretenéis los dos.

— Ni hablar.- intervino Jack.- El perro ya está mayor y los vapores no le sientan bien.

— Joder, papá, de verdad que eres un coñazo.

— Tengo dos dedos de frente, que es diferente.

Justo entonces llegó su madre. Abrió la puerta de la cocina de una patada y levantó la rodilla para sujetarla mientras entraba. Tenía la cara enrojecida y sudorosa. Sus ojos aceitunados, a los que se asomaba una inteligencia elegante, estaban entornados para intentar ver a través del pelo gris, que se le pegaba a la frente y a las mejillas. Llevaba un cesto hasta arriba de huevos.

— Todavía estoy esperando el día en que entre a una habitación y no os encuentre a los dos discutiendo.- dijo resollando a modo de saludo mientras dejaba los huevos en la encimera.- Martin, qué bien que estés aquí. Para las pocas gallinas que tenemos, es increíble como ponen las condenadas. ¿Quieres llevarte unos cuantos para tu madre?

— Como quieras, tía Grace.

— Pues sí, llévatelos porque aquí se van a pudrir. Así puedes hacerle una tortilla de patatas a tu hermano, que cada vez que venís a comer me pide que prepare lo mismo.

— Y seguirá haciéndolo por muchos huevos que le lleve, tu tortilla está a otro nivel.

— Eres un encanto.

Se recogió el pelo tras las orejas, separándolo mechón a mechón, y se pasó el antebrazo por la frente para limpiarse el sudor. Luego, cruzó la cocina para darle un abrazo a Jack.

— Hola, cielo. ¿Cómo ha ido la mañana? ¿Quieres una tortillita o unos huevos revueltos? Yo voy a hacerme un huevo frito.

Jack se rio y le dio un beso en la coronilla.

— Gracias, pero no. Acabo de comer un poco de bacon.

— ¿Bacon? Me sorprende que estos dos te hayan dejado algo.

— Lo justo, pero algo había. ¿Qué tal tú?

— Mejor no preguntes.

— Bueno,- dijo Jack con voz cantarina.- mal empiezas. A ver, dime.

— Qué va, está todo bien. Bien. Los animales dan mucho la lata y tu hijo va a acabar conmigo.

— ¿Qué hijo? ¿Yo?- preguntó Solomon y señalándose, repitió- ¿Este hijo?

Grace lo miró de reojo, y al volver a mirar a Jack se sonrieron.

— No, pero me alegro de que seas consciente de lo a menudo que nos la lías.

— Oye, ya vale de machacarme, ¿eh?

— Se trata de James. Hoy tampoco quería ir a clase.

Debía habérselo imaginado. A James nunca le había gustado la escuela. Era un niño listo y muy curioso, pero allí no encajaba. No dejaba de hacer preguntas, y a cada respuesta planteaba preguntas nuevas hasta llegar a un punto en el que sus profesores no podían seguir contestándole para no retrasar la clase. Eso lo desesperaba, y volvía a casa diciendo que no volvería nunca porque con su ordenador aprendía más. Tanto él como Grace sabían que su hijo era brillante, pero su actitud intimidaba a los demás. Sus compañeros solían llamarle raro, según les comentaron varios profesores desde que empezó el colegio, aunque hablaron con él del tema y nunca se quejó ni recordó ningún accidente parecido. No tenían claro cómo ayudarle, porque que tenía ganas de aprender estaba claro.

— Madre mía... No sé qué vamos a hacer con este chico.

— Pues dejad que se quede aquí.- intervino su hermano.- James tiene una mente que ya quisieran muchos, y tener un título de cualquier centro planetario es como no tener nada. ¡Vivimos en Mundo Agrícola, por favor! Nadie nos toma en serio.

— Eso no es verdad, los títulos hacen falta en cualquier sitio.

— Déjalo, Grace, no entres al trapo... ¿Has podido convencerle?

— Creía que sí, lo ayudé a prepararse y se fue con Abe y Daisy a la parada del bus, pero cuando los chicos vinieron a casa, Solomon me dijo que había visto a James y a Lisias corriendo por Las Charcas camino de la Cañada del Muerto.

— ¿Corriendo?

— Sí, bueno,- contestó su hijo.- los vi de lejos y ya parecían cansados, sin cleoptras no creo que lleguen a la Cañada, pero esa era más o menos su dirección.

— ¿Y no se te ocurrió pararlos?

— Se me ocurrió, pero tienen ¿qué, diez años? y están corriendo entre árboles en una llanura desolada. ¿Qué les va a pasar? Que se diviertan.

Jack estaba preocupado, pero no pudo evitar sonreír. Grace lo escrutaba sin entender su reacción.

— Vaya dos... Desde luego, tu hermano es igual que tú. Y el tuyo, Martin.- señaló a su sobrino con la cabeza.- A su edad, vosotros hacíais lo mismo. ¿Te acuerdas de aquel arco nocturno cuando insistieron en dormir al raso para ver el cielo, y se escaparon porque no les dejamos?

Su mujer se quedó callada y sonrió con ternura.

— Nos enteramos porque se fueron sin avisar a Alphie y le dio tanta envidia que se chivó.

- A lo que voy es a que se divertieron y no les pasó nada.
- Estaban helados cuando los encontramos.
- No te preocupes. James estará bien. Lisias tiene más sentido común, es un chaval muy maduro. Cuidará de él. Vamos a hacer caso a Solomon y a dejar que se lo pasen bien hoy, y cuando vuelva hablaremos con él.
- Inaudito.- murmuró Solomon.
- Entonces... - dijo Martin.- ¿Si me lo encuentro por casualidad no le digo nada?
- En absoluto.- respondió Grace sin pensarlo dos veces.- Si los ves, tráelos a casa. Conociendo a James, habrá salido sin traje.
- James siempre usa crema.- apuntó Solomon.
- No me fio de la crema.
- Yo tampoco.- dijo, y con eso zanjaba el tema.- Bueno, nosotros volvemos al trabajo. Si veo a James, contad con que lo traeré aquí.
- Muchas gracias, hijo. Ve con cuidado.- y se inclinó para darle un beso en la frente y revolverle el pelo. Detestaba que hiciesen eso.- Tú también, Martin. Y tú... - dijo dirigiéndose a Jack.- ¿No esperabas a alguien?
- Sí. Iba a tomarme un café en mi despacho, pero no sé cuánto llevamos hablando. Deben estar al llegar.
- Pues nada, tómalo con ellos y tendrás la mitad hecha. Yo me voy abajo. Suerte.
- Se dieron un último beso, y mientras ella desaparecía escaleras abajo, él acompañó a los chicos a la salida. Desde el porche vio el vehículo de sus invitados sobrevolando el campo de granados hasta descender suavemente en el aparcamiento de la puerta sur. Por el destello en los ojos de Solomon supo que había reconocido de quién se trataba y no pudo evitar sentir una punzada de orgullo. Eso era lo que esperaba de él.

La Guerra de la Nueva Era supuso el primer contacto de la humanidad con inteligencia extraterrestre. Transformó por completo la manera en que se entendían el Universo y la existencia misma, y sus consecuencias tuvieron efecto a nivel global. La súbita adquisición de conciencia sobre nuestra fragilidad engendró una ola de fraternidad que ridiculizó las disputas que enfrentaban a los pueblos, y sus dirigentes no tuvieron más alternativa que la cooperación por la supervivencia. Las fronteras cambiaron, cayeron; gobiernos enemigos se dieron la mano en históricos tratados de apoyo internacional, y el territorio se adaptó para prestar auxilio a los refugiados que se vieron obligados a dejar atrás lo que tenían en una América moribunda. Sociedades enteras se habían quebrado, pero el miedo unió los trozos.

Estados Unidos había sido vaporizada. La estrategia bélica desplegada por los invasores fue fría y sanguinaria, y diversas investigaciones posteriores han señalado que su objetivo, más allá de la aniquilación de los seres humanos, era la transformación planetaria. Tanto los dracónidos como los fórmidos, las dos especies alienígenas que se instalaron en Marte, soportaban bien la radiación, y bombardearon con tecnología desconocida hasta aquel momento centrales nucleares en Illinois, California y otros estados de la Costa Este. También fue bombardeada la central de la Laguna Verde, en México. De no haberse producido una contraofensiva terrestre con arsenal atómico contra la llanura de Isidis, donde los dracónidos habían amartizado y desde donde operaban, las habrían seguido otros centros en Europa y Asia.

Toneladas de material radiactivo quedaron expuestas, flotando en una nube prácticamente infinita de ceniza y polvo que se extendió por todo el hemisferio Norte. El humo y la lluvia contaminaron los lagos Michigan y Hurón, y a partir de ellos fue cuestión de días que la flora que recorría el sistema fluvial del río San Lorenzo mostrase síntomas de enfermedad. Los cultivos, desatendidos mientras la gente huía hacia los campamentos de refugiados y desnutridos por la opacidad de un cielo cubierto de polvo, empezaron a morir, aunque eso importaba poco puesto que los que aguantaron no se cosecharon por recomendación de los organismos sanitarios. La hambruna se desató en cuestión de pocas semanas, y tras ella llegaron las pestes.

Canadá y el norte de Sudamérica también sufrieron los efectos de los bombardeos. Se comprobó la presencia de partículas radiactivas en el río Magdalena, el Orinoco, el Madeira y el Amazonas. Era más que una catástrofe. Estados Unidos y México se convirtieron en un erial deshabitado cuando se establecieron rutas entre los campamentos y Eurasia, adonde emigró la mayoría de los refugiados. En Canadá quedaron varios núcleos poblacionales viables que vieron incrementada su población, aunque no fue nada en comparación con los países del centro y sur de África, cuyas zonas rurales experimentaron un aumento demográfico histórico, o con Marte, cuyas colonias superaron tras la guerra los diez millones de habitantes. Sin embargo, de entre todas las crisis que se desataron durante la posguerra, la más trascendental fue la del Amazonas.

El cambio climático ya había hecho mucho más difícil la supervivencia vegetal y, por ende, la labor agraria. La temperatura media del planeta había aumentado tres grados en menos de un siglo condenando a la sequía a los países cercanos al ecuador, y a eso se sumaron el vapor y las lluvias radiactivas que acabaron con millones de kilómetros cuadrados de bosque y selva. Los cadáveres secos de árboles y plantas fueron el alimento perfecto para el fuego, que surgía de manera espontánea en cualquier tormenta creando incendios masivos. Se extinguieron especies endémicas de la selva amazónica como el boto o el perezoso, y de nuevo hubo que desalojar ciudades enteras por la amenaza del fuego y el humo. África, la península arábiga y las colonias de Maru y Liberty fueron los receptores principales, pero los asentamientos de lo que se conocía como el Extremo de la Galaxia eran todavía jóvenes y no estaban preparados para soportar a tanta gente, por lo que la reubicación de refugiados no mitigó los problemas de escasez.

Parte de los inmigrantes que se resistieron a abandonar el planeta siguió avanzando hacia el sur, donde se creó el último reducto de la sociedad latinoamericana. Se bautizó al nuevo país como República Sudamericana, un lugar que comprendía territorio de lo que anteriormente habían sido Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil. Fue gracias a este nuevo gobierno que se pudieron organizar con eficiencia los esfuerzos internacionales por la preservación natural, consiguiendo que la cuenca

hidrográfica del Río de la Plata quedase inalterada. Esto permitió al país cultivar, y así asentarse y crecer.

Los gritos de auxilio del Amazonas tuvieron dos efectos inmediatos sobre la colonización de Mundo Agrícola: por una parte, el estancamiento de la construcción de las granjas fotovoltaicas; por otra, la posibilidad de poner en funcionamiento las granjas existentes mientras se establecían explotaciones agrícolas en la superficie no ocupada. En teoría, era posible. La composición de la atmósfera era favorable y la acción de las plantas facilitaría la transformación y la adaptación de otras vidas. El suelo era rico. El calor y la radiación, teniendo en cuenta la edad del sistema y el recorrido de las órbitas de los cuerpos que lo formaban, se podría asumir con edificios bien diseñados y una estrategia terraformativa sólida que persiguiese una atmósfera protectora. Para eso las plantas eran fundamentales, y para tener plantas necesitaban agua. Ese era el principal inconveniente. Los océanos de Mundo Agrícola habían desaparecido hacía miles de años, y allí donde había lagunas líquidas estaban llenas de ácido.

Marte, que fue la alternativa a la que se recurrió en primer lugar, se desestimó pronto. Su concepción nunca había sido la de una colonia de recursos sino la de una nueva cuna, y como tal los colonos recién llegados se agrupaban en grandes ciudades que estaban destinadas a convertirse en megalópolis, potentes en cuanto a industria y comercio, pero sin espacio para zonas rurales donde primase el cultivo. Evidentemente lo había, la idea de una colonia extraterrestre era impensable sin la agricultura interior como pilar fundamental, pero Marte ya había tenido problemas para subsistir por sí mismo.

El caso de las colonias extremas era aún peor. En Maru, un planeta de atmósfera hostil y suelo áspero, solo había un asentamiento, gigantesco e industrializado, en el que vivían pocos humanos y había poca agricultura, toda de invernadero y suelo artificial, puesto que la mayor cantidad de labores quedaban a cargo de androides (cuyo número triplicaba al de personas); en Liberty, la calidad de un suelo volcánico rico se enfrentaba a una geomorfología difícil de labrar, con cadenas montañosas salpicadas de volcanes como el Monte Pagos que plegaban la práctica totalidad de la superficie del planeta; y Outlaw, por ser tan joven, ni siquiera se tuvo en cuenta.

Hubo varias iniciativas solidarias en casi todos los asentamientos que se tradujeron en toneladas de alimentos con destino a la Tierra, cada colonia aportando lo que podía, pero era del todo insuficiente y no solucionaba el otro gran problema de los desplazados: su alojamiento. La migración natural que provocó la contaminación hizo que colapsasen muchos servicios, sobre todo en Maru, que fue quien más gente recibió, pero también en Liberty. Si el flujo migratorio se mantenía, y además el gobierno estimulaba la producción agrícola (lo cual alentaría la migración), sin invertir en los servicios que demandaría una comunidad mayor (lo cual era

impensable en ese punto por la falta de medios), la estabilidad de las colonias extremas estaría en grave peligro. El mundo de *Alula Australis*, sin embargo, era una oportunidad para empezar de cero.

La urgencia de la situación exigió acelerar ciertos protocolos. El hambre se extendía, sobre todo en África, que no estaba preparada para un cambio de paradigma tan brusco y concentraba en sus capitales disturbios y saqueos, civiles desesperados por aliviar la escasez de sus familias impuesta por los racionamientos tal y como las leyes de posguerra dictaron siglos atrás. Necesitaban comida. Muchos ingenieros y constructores de la base orbital de Mundo Agrícola fueron recontratados y empezaron a trabajar equipados todavía con EMUs que, pasado el tiempo y avanzada la terraformación, evolucionarían a lo que se conocía ahora como trajes frigoríficos. Se podía salir sin ellos, pero no era cómodo ni recomendable por un calor que se convertía en algo insoportable tras pocos minutos en el exterior.

El plan de acción que remitieron desde la Tierra incluía el levantamiento de tres grandes complejos de génesis hídrica para los que ya se había puesto en marcha una nave de apoyo que se encargaría de construir uno de ellos, pero hasta que los generadores fuesen operativos pasarían, en el mejor de los casos, varios meses, y la gente no podía esperar tanto, así que a los pobladores originales del planeta, que se hospedaron en las habitaciones del centro desde donde se gestionaban las obras de las granjas energéticas, se les designó la construcción de viviendas, cuatro grandes edificios semisubterráneos parecidos al que habían ocupado, con capacidad para cincuenta personas, y una balsa que sería el surtidor principal de una explotación temporal. Levantaron cada vivienda a quince kilómetros unas de otras y las conectaron mediante carreteras rectas que no asfaltaron. En el centro del prisma que formaban los caminos excavaron la alberca, y cubrieron una cuarta parte del terreno restante con invernaderos a los que se les aplicó una solución de microcristales fotocromáticos que protegerían a las plantas de la radiación más agresiva y les permitirían descansar durante las horas a las que esas longitudes de onda golpearan el planeta, reduciendo así el estrés al que estaban sometidas.

Así fue como los agricultores llegaron a Mundo Agrícola y dieron nombre al planeta, a sus tierras, y a los astros del sistema, asentando una nueva comunidad bien preparada para una vida adversa que contaba con los servicios que requería, no más. Casi todos los colonos que poblaron las granjas eran solteros o parejas sin hijos que provenían de zonas rurales de latinoamérica, aldeas, pueblos o pequeñas ciudades, incluyendo descendientes de los estadounidenses desplazados por la Guerra de la Nueva Era que establecieron entre Brasil y Bolivia una gran comunidad. Casi todos ellos conocían conceptos básicos de agricultura o ganadería, unos más técnicos que otros, pero a la hora de trabajar todos mostraron la misma diligencia. Eran concienzudos y dóciles, estaban acostumbrados a

las inclemencias climatológicas y la precariedad, y sus nuevas condiciones, tan esperanzadoras como escandalosas, parecían agradarles. Sus necesidades estaban cubiertas y formaban parte de una misión esencial para la supervivencia de la humanidad. El planeta les había salvado la vida. No pedían más.

Solo faltaba un aporte mínimo de agua para empezar a cultivar, a la espera de que los generadores del primer complejo estuviesen acabados. En Liberty, las abundantes cadenas montañosas albergaban cráteres de volcanes inactivos contra cuyas paredes chocaban las nubes, depositándose así el agua en enormes glaciares, y la Tierra instó a la colonia a donar el hielo necesario para llenar la única balsa construida en Mundo Agrícola. Liberty se negó, proponiendo en su lugar una venta a cualquier país que quisiera comprárselo para que fuese el gobierno de ese país quien hiciese la donación. Nadie esperaba que una colonia tan pequeña y en la que se invirtió tanto como Liberty reaccionase con tal egoísmo, y en cuanto esa información se hizo pública la gente se echó a la calle a lo largo de todo el globo, e incluso algunos colonos, conmocionados, se sumaron a las movilizaciones exigiendo con indignación que se interviniese la colonia y se exportase ese hielo con inmediatez. Las manifestaciones no habrían hecho falta, porque el agua era esencial y pertenecía, en última instancia, a la Tierra, así que Liberty no tenía ningún derecho real sobre ella. Junto a los hieleros viajaron algunos soldados, y aunque la extracción crispó los ánimos del gobierno colonial, pudo llevarse a cabo con rapidez y sin incidentes.

Una vez sometida al tratamiento desinfectante pertinente, se condujo el agua a Mundo Agrícola y se acondicionó para que la introducción de algunas familias de carpas fuese viable. En poco tiempo, los peces producen nitratos beneficiosos para la vida vegetal, de modo que se canalizó el agua para que irrigase las instalaciones de los invernaderos, donde mediante hidroponía consiguieron sacar adelante varios cultivos hortícolas, principalmente calabacín, berenjena, pimientos y tomates, y verduras como acelgas, lechugas y espinacas. De forma paralela, también en invernadero pero bajo riego por goteo, se cultivaron diferentes tubérculos. Estas plantaciones recibieron una atención especial por su alto valor energético, pero sobre todo por sus cortos períodos de crecimiento. En solo un mes pudieron cosechar lechugas; en mes y medio tuvieron listo un envío de rábanos y calabacines; en dos, las zanahorias; semanas más tarde, las patatas, y tras cruzar ese umbral, todos los meses pudieron enviar cantidades importantes del resto de hortalizas. La pérdida de agua, además, era mínima, pues fluía por canales impermeables y la que se perdía por evapotranspiración se condensaba en las paredes del invernadero y resbalaba hasta tuberías de desagüe que la incorporaban a la red hasta la depuradora, donde se trataba en pos de volver a utilizarse y así no abusar de las reservas de Liberty.



Satisfechos con el rendimiento de la inversión, la Tierra volvió a abrir el proceso de selección de colonos. El trabajo siguió el modelo hidropónico importando agua libertense hasta que hubo nuevas granjas listas y el primer complejo generador estuvo terminado. Ahí empezó realmente la misión. La disponibilidad de agua permitió la incorporación de sistemas de riego de pivote central para tratar los sembrados de cereales, y el goteo, aunque lo hizo más tarde, hizo prosperar plantas leñosas y semileñosas. En esos cultivos se observó el desarrollo de micorriza entre las plantas de vid y hongos nativos que sobrevivieron a la desinfección pero que no tuvieron ningún efecto nocivo ni en la planta ni en la fruta.

La primera cosecha de trigo de Mundo Agrícola, que fue íntegra para la Tierra, sumó quinientas mil toneladas. Escaso para las necesidades que afrontaban, pero significativo por el alivio que supuso. Cuando las tres estaciones funcionaron a pleno rendimiento el número de granjas se disparó, se crearon tres núcleos urbanos, y el territorio se dividió en tres provincias independientes. Estaban separadas por las cañerías de distribución de agua principales, y en función de eso se las llamó islas, aunque en rigor solo la isla de Balfour, a la que regaban aguas de todas las estaciones hidrogenéticas, lo era. Allí, lindando con la segunda estación, se hallaba el Rancho Pierce.

Phineas Ferrec salió del coche enfundado en un traje negro. Sus zapatos refulgían al caminar, sin una sola mota de polvo. Tras él, bajaron dos hombres fornidos vestidos de manera similar. Eran sus guardaespaldas. Ya los había conocido antes, Ferrec no solía salir sin ellos. Los tres llevaban gafas de sol de cristales oscuros, pero solo él se las quitó cuando pasaron a la cúpula. Sus ojos, incluso a esa distancia, parecían estar mirándolo directamente.

— Señor Pierce.

La voz artificial del traductor de un bryyo'mak llamó su atención al pie de las escaleras. Se trataba de R'hul, uno de los trabajadores con los que había estado esa mañana en la viña austral.

— Ah, R'hul. ¿Qué haces aquí?

— Hemos detectado un problema. No creo que sea grave, pero debe haber...

Ferrec seguía avanzando por la calle con la mirada clavada al frente. Los perros caminaban con ellos, los perseguían mendigando una caricia, mientras que las gallinas se apartaban a su paso asustadas, pero ningún animal logró distraerlo. Ni a él, ni a sus hombres.

— Escucha, tengo una reunión importante que no puedo posponer. Mi hijo y mi sobrino acaban de ir a los establos, creo que si vas rápido todavía los encontrarás. Coméntaselo y ellos lo solucionarán. O, si no los encuentras, ve al despacho de mi hermana.

— Pero, señor...

— He dicho que no puedo.

Bajó las escaleras apretando el paso, y antes de que Ferrec tuviera tiempo de hablar, se acercó a él con los brazos abiertos y una sonrisa jovial.

— ¡Phineas!- exclamó.- Gracias por venir.

Alargó el brazo y se estrecharon la mano, manteniendo el pulso con fuerza durante algunos segundos. La boca de Ferrec sonreía, sus ojos no.

— Gracias a ti por invitarme. Tu rancho me sorprende cada vez que vengo.

— Sí, bueno, trabajamos mucho y cada vez viene más gente.

Ferrec hizo un mohín, como si lo hubiese malinterpretado.

— Sí, y estáis muy lejos de Artiga. Parece mentira que este planeta haya crecido tanto.

No supo qué responder a eso.

— ¿Pasamos?

Se adelantó sin decir nada. Sus guardias lo siguieron. Jack fue el último.

— Me encanta el anturio que tenéis ahí. Dile a quien se encargue de él que está haciendo un buen trabajo.

— Lo cuida mi mujer, es una apasionada de la botánica.

— Como todos los que estáis aquí, imagino.

— No diría apasionados, pero al menos mis trabajadores son respetuosos. Cuidan las plantas como si fueran suyas.

— Por lo que les conviene. Mejores plantas dan más fruto, y más fruto es más dinero.

— Pero no podemos tener mejores plantas si no tenemos agua para regarlas.- replicó Jack, y se sentó tras un escritorio de madera wengué, ese sí, capricho suyo.- Sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo?

— No, gracias. ¿Qué vas a necesitar?

Jack tragó saliva, le impresionaba la templanza de Ferrec. A pesar del calor y de su traje oscuro de manga larga, no había ni una perla de sudor en su rostro. Resultaba intimidante.

— Había pensado en setenta y cinco mil litros. Es más para la aplicación de tratamientos que para el riego, porque ya sabéis, son muchas plantas y hay que mojarlas bien.

No se trataba de una cantidad exorbitante de agua, pero tal como estaban las cosas dudaba que pudieran asumirlo.

— De acuerdo.- dijo sin embargo Ferrec.- Podemos hacerlo. Será más caro que el año pasado.

— ¿Cuánto?

— Veintitrés fracciones.

— ¿Qué? Eso es una barbaridad.

— Es lo que hay.

— Me saldrá por...- se detuvo unos instantes para pensarlo, pero prefirió hacerlos esperar a utilizar la calculadora de su pulsera.- Más de diecisiete mil mun.

— Así es.

— Es demasiado.

— Es uno de los bienes más codiciados de la Federación, más incluso que la afloralita, aunque es sustancialmente más barata. Esto lo sabes tan bien como yo, de lo contrario no me habrías llamado, así que, por favor, ni te plantees insultarme regateando el precio.

Guardaron silencio, mirándose fijamente, durante unos segundos. Si quería una producción abundante, no tenía más remedio que aceptar. Diecisiete mil no era nada comparado con los beneficios que obtendría, solo una buena añada de vino austral valía casi el triple.

— Está bien.

Ferrec sonrió, satisfecho.

— Perfecto. Te lo serviremos en varios envíos, no creo que más de cinco, en depósitos de mil litros. Sin marcas ni registros, una vez los uses tendrás que desprenderte de ellos por tu cuenta, y si alguien pregunta... en fin, no dirás quién te los ha vendido.

Ferrec sabía bien cuál era su posición, por eso no le importaba ser claro en sus amenazas. Sus matones solo eran una muestra del imperio que había levantado en torno al tráfico de agua. No le convenía centrarse en eso.

— ¿Depósitos? ¿No podéis traerlo en cisternas como el año pasado?

— Los controles son ahora más estrictos, Jack. No es que tenga que darte explicaciones, pero ya sabes cómo se persiguen estos delitos, y las penas que se imponen. Cuanto menos llamemos la atención, mejor, y una cisterna es muy llamativa.

— Vale. Vendrá desinfectada y lista para regar, ¿cierto?

Alguien llamó a la puerta. Ferrec lo miró con una sombra de preocupación. Debía ser agotador viajar con miedo de que en cualquier momento la policía federal pudiera aparecer para arrestarte, pero Ferrec era un tipo astuto. Aunque la fama lo precediese, no creía que nadie andase detrás de él aún.

— ¿Quién es?- preguntó Jack alzando la voz.

— Soy yo.- respondió la voz de su mujer.

— Grace, ¿qué haces? Estoy ocupado.- y luego, dirigiéndose a Ferrec, le aclaró.- No te preocupes, es mi mujer.

— No me preocupa.

— Lo sé.- dijo Grace.- Pero es importante.

— ¡Dame cinco minutos!

— ¡No, tranquila, Grace!- exclamó Ferrec.- ¡Entra, por favor! Nosotros ya hemos acabado.- abrió la puerta, y mientras la mujer se acercaba al escritorio, le dijo a Jack.- Siempre la desinfectamos antes de cargarla, no queremos provocar ninguna catástrofe natural. Hay que tener cuidado con el tráfico de especies.- bromeó.- Así que, ¿qué opinas?

— No puedo opinar. Tráeme el agua y yo te daré el dinero.

— Perfecto.

Volvieron a darse la mano. La sonrisa de Ferrec, cálida y encantadora, recibió a Grace con efusión, pero ella no correspondió de la misma manera. Llevaba en la mano el auricular de su pulsera, sujeto entre el índice y el pulgar.

— Buenos días, soy Phineas Ferrec, un colega de profesión de su marido.

Se inclinó con la intención de darle un beso, pero ella extendió la mano para que se la estrechase. Él la cogió y se la llevó a los labios, plantando en su dorso un beso leve.

Grace sabía quién era y a lo que se dedicaba, pero nunca los había presentado.

— Un placer conocerle.

— ¿Qué ocurre, Grace?- preguntó Jack.

— Ahí fuera están los capataces de casi todas las explotaciones.

— ¿Qué? ¿Por qué?

— Dicen que no hay agua, y es cierto. No funcionan los grifos en ninguna casa del rancho.

— ¿Y? ¿Cuál es el problema? Los de la estación suelen hacer cortes, habrán tenido algún accidente o quién sabe.

— No, no es solo la estación. Ha llamado Hannah. Ella también ha oído que no corría el agua y ha hecho algunas llamadas. Parece ser que el suministro ha fallado en las tres islas.

— ¿Ha hablado con la estación?

— No ha podido. Deben estar asediados a llamadas.

— Bueno... no podemos hacer mucho, ¿no?

— Podrías acercarte a ver. La central no queda lejos.

— Si quieres, podemos llevarte nosotros.- se ofreció Ferrec, relamiéndose por lo que podría implicar para él un fallo en los generadores.- Ya nos vamos, y el desvío no debe ser grande. ¿Qué se tardará en nave, diez minutos?

— Está bien.- accedió.- Llama a mi hermana, por favor, y dile que irá a ver qué me cuentan, pero que no espere resultados.

Salieron de la mansión para encontrarse con un importante grupo de trabajadores hablando con inquietud. En cuanto lo vieron aparecer, se callaron para observarle, y G'ne se adelantó para hablar con él.

— ¿Qué es lo que pasa?- preguntó Jack, incrédulo.- ¿Por qué estáis tan nerviosos?

— Parece que se ha escuchado un gran estruendo más allá del cerro del Tornajo. Nadie ha visto nada, pero creen que la falta de agua es porque ha reventado la tubería principal del generador.

— Bueno, creo que puedes decirles que se equivocan. No sé lo que ha pasado, pero no hay agua en ninguna de las islas. Sería mucha casualidad que hubiesen reventado las tres cañerías.

— ¿Qué hacemos, entonces?

— No sé. Voy a ir a la central para ver si alguien me da una explicación. Quizá sea un protocolo interno, pero supongo que nos habrían avisado de los cortes. Esperad, y quienes puedan que sigan trabajando, sobre todo los podadores.

Dio un beso a Grace para despedirse, y avanzó a buen ritmo junto a Ferrec hacia su coche. Era una preciosidad, negro y deslumbrante, con los asientos forrados en blanco. Los guardaespaldas subieron delante, uno de ellos conducía.

El vehículo se levantó con suavidad del suelo. Jack no dijo una palabra en todo el trayecto.

Los antepasados de Jack fueron estadounidenses refugiados en Sudáfrica. Durante la Crisis Latinoamericana de Cultivos la gente no solo moría, sino que se mataba en las calles buscando qué comer y peleando por los restos que encontraban. No había trabajo para tanta gente, todos los migrantes eran pobres, y los habitantes de los países que los recibían los despreciaban. Cuando la comida empezó a llegar a cuentagotas desde un planeta que nadie conocía bien, pero por cuyos recursos todos rezaban, perdían la dignidad por conseguirla. Su familia ingresó en el programa de selección de colonos para Mundo Agrícola siempre que se convocó, pero nunca fueron seleccionados. No fue hasta que la crisis alimentaria se suavizó y se liberalizó el suelo que pudieron emigrar allí por cuenta propia. No morir de hambre, el eterno sueño americano.

Al llegar a Mundo Agrícola, los Pierce se instalaron en la isla de Bakewell, donde empezaron a trabajar como jornaleros en una gran explotación de cereal. Trigo, principalmente, aunque parte del terreno se destinaba a pruebas de goteo en siembras de arroz, ya que el riego por inundación estaba vetado. Pusieron a ambos a cargo de un paraje entero, y ellos solos se encargaron de la desinfección y aclimatación del suelo, del arado para aumentar la permeabilidad al agua y la porosidad a los gases, de la siembra, los riegos y tratamientos, y la cosecha. Su labor fue ampliamente elogiada y les otorgó cierto renombre y cuantiosos beneficios que manipularon con habilidad hasta poder comprar su propio paraje en la isla de Balfour. Era un terreno alargado con algo de pendiente llamado Sierra del Águila. Estaba cerca de los generadores y todavía no había sido

explotado, pero los análisis del suelo eran alentadores. La granja no era contigua, sino que quedaba algunos kilómetros al sur y todavía no se había abierto un camino que los comunicase. Les costó muchos quebraderos de cabeza acondicionarla y sacarla adelante, pero lo consiguieron, y prosperaron. Tal como prosperó toda la colonia. Fue una dinámica que se repitió en K-2L y que esperaba repetirse en cada colonia de recursos: durante las décadas posteriores al establecimiento y el inicio de las actividades, la economía de la colonia crecía vertiginosamente y se establecía en una bonanza que podía durar siglos.

Aquella época coincidió con la radicalización del sentimiento independentista de las colonias extremas. El gobierno colonial de Liberty y Outlaw estaba presidido por partidos independentistas que ganaron apoyos de manera vertiginosa aprovechando el malestar provocado por el desarrollo de Mundo Agrícola y la forma en que desde la Tierra se jactaban de sus logros. Eran mayoría absoluta en el concejo de Liberty y simple en Outlaw, mientras que en Maru suponían un importante porcentaje de la oposición. Los líderes se conocían, tenían relaciones cordiales y estrategias políticas similares.

Ninguna de las tres era una colonia de recursos, y en sus casi dos siglos de historia no habían experimentado un desarrollo acelerado como lo había hecho Mundo Agrícola en apenas treinta años. Culpaban de eso a la gestión del gobierno terrestre y decían sentirse abandonados y desatendidos, y más aún, abusados y utilizados. Sus quejas eran legítimas, desde luego, porque es cierto que la crisis de los cultivos obligó a centrar los esfuerzos en la Tierra y el sistema Alula Australis. No obstante, la actividad laboral tal como la implementaron los proyectos de colonización permitió el crecimiento de los asentamientos y su solvencia económica, nació gente y otra mucha inmigraba, comerciaban y producían en los tres planetas, y durante mucho tiempo tuvieron beneficios a amplísimos niveles, incluido el fiscal. Su estabilidad y autosuficiencia trajo consigo una revisión de los impuestos que intentó regular el agravio comparativo que suponían respecto a otros territorios de la Tierra u otras colonias, como Marte, que tributaba sin privilegio alguno. Su fijación en porcentajes equitativos elevó significativamente la carga fiscal de los habitantes de las colonias, y eso desaceleró su economía porque aumentó el temor a invertir en nuevos negocios y empresas, aunque no llegó a frenarla ni tuvo un efecto catastrófico porque el margen para el sector privado seguía siendo mínimo y estaba limitado a áreas muy concretas dictadas por el gobierno terrestre. Esta situación, apoyada por la historia de las colonias, cuyos descendientes veían en los planetas de su sistema a sus hermanos y para los que la Tierra no significaba más que una carga, incentivó a los líderes independentistas a dar un paso al frente y luchar por sus convicciones. El gobierno abrazó las nuevas corrientes ideológicas como algo a lo que hacer frente mediante negociaciones pacíficas, harta de conflictos e intentando tender puentes,



pero entre los civiles ese sentimiento no gustaba; creían que las colonias eran ingratas y desleales, y sobre todo se sentían heridos porque, durante demasiado tiempo, el planeta solo había conocido la guerra y la enfermedad, y todo lo superaron juntos. El Extremo de la galaxia era la esperanza del futuro, eran ellos mismos, y les dolía que ese sentimiento no fuese recíproco, sin importar la implicación política que engendraba la situación.

Los independentismos ganaron poder e influencia, y sus demandas eran cada vez más exigentes, pero la diplomacia logró conservar la paz hasta que, tras la quinta misión de colonización del Mundo Agrícola, se liberalizó el suelo. Eso daba libertad a los ciudadanos y a Mundo Agrícola sobre sí mismo y vía libre a la actividad privada, mientras que las colonias extremas aún estaban supeditadas al control de la Tierra. Las manifestaciones se sucedieron en los tres planetas, aunque era Maru quien llevaba la batuta por ser la capital del sistema, mientras que Liberty y Outlaw seguían caracterizándose por el colonialismo rural. Algunas protestas desembocaron en disturbios con importantes pérdidas materiales.

La radicalización del movimiento independentista tuvo su expresión máxima en la detonación de un artefacto explosivo en Córdoba, República Sudamericana, que se saldó con una veintena de muertos y casi un centenar de heridos. Su autoría fue reivindicada dos días después, cuando la Tierra aún buscaba una explicación a lo sucedido, por un grupo terrorista autodenominado Dominion, que reclamaba la independencia de las colonias extremas y amenazaba con más atentados si no se satisfacían sus exigencias. La respuesta fue inmediata. El ejército salió a las calles de las capitales principales y destacamentos enteros viajaron a las colonias con el fin de proteger a la ciudadanía e investigar los posibles centros de operaciones de los terroristas.

Los políticos coloniales se desvincularon públicamente de este movimiento y manifestaron su rechazo a la violencia, aunque algunos de sus discursos estuvieron plagados de dobles sentidos y aprovecharon la vía que el terrorismo había abierto para enrocarse en sus peticiones. La Tierra no cedió a los chantajes, si bien quiso estimular más el diálogo. Dominion cumplió sus amenazas. Hubo varios atentados más, cada vez más distantes en el tiempo, pero también más agresivos y virulentos.

El más importante de ellos tuvo lugar en Mundo Agrícola, y fue un ataque decisivo que precipitó el final del conflicto. Un brazo hiperarmado de Dominion se desplegó al Norte de la isla de Tull e hizo saltar por los aires el tercer complejo de hidrogénesis, que estaba siendo ampliado con la intención producir el agua suficiente para extender un nuevo río que envolviese Tull definitivamente y permitiese la agricultura al Oeste, en lo que sería una nueva isla. Murieron todos los trabajadores, cundió el pánico. Minutos después hubo un nuevo ataque en Cabañal, la ciudad más grande de la isla de Bakewell. No usaron armas, solo la fuerza bruta, pero se aseguraron de grabarlo y de distribuir las imágenes en red. En pocos

minutos, todos los planetas habitados conocidos vieron cómo un dracónido, al que seguía una horda de guerreros de aspecto artrópodo, destrozaba el edificio más emblemático de la colonia, uno de los primeros almacenes de grano que se construyeron en el planeta. Fue una masacre. Jacob Pierce, uno de sus ancestros, murió aplastado por los escombros, al igual que muchos de los soldados que acudieron para rechazar a los terroristas. Las calles cercanas al almacén fueron presa del polvo, la gente corría despavorida, tosiendo, asfixiándose, mientras el ejército penetraba a ciegas en la espesa nube siguiendo las órdenes que gritaba el general Apronika. No sirvió de nada. Consiguieron abatir a algunos criminales, pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca del dragón como para atacar, capturó entre sus garras al general y echó a volar. Lo lanzó al aire y lo desgarró con su pico, desmembrándolo, haciendo de su sangre lluvia.

Al descender, con la cara manchada y las gotas escurriéndose por el pecho, pronunció con una voz como un aullido un discurso a favor de la independencia en perfecto castellano. Nunca antes se había escuchado a un dracónido. Habló del pasado, de cómo aplastaron a su raza, del rencor y la miseria, y lo hizo todo en un idioma que no era el oficial de la Tierra, sin duda para apelar al recuerdo histórico del dolor que asoló latinoamérica tras la guerra que libraron contra ellos, y para dejar claro que, aunque se retiraron, los dracónidos nunca se fueron del todo, que aprendieron de ellos, que seguían siendo una amenaza.

Se llamaba Greed, y decía ser un explorador. Contactó con los Dominion al enterarse de su oposición a las leyes terrestres, y puso a su servicio una nave entera de soldados fómidos, aquellas criaturas de exoesqueleto grisáceo que aparentemente no eran inteligentes, pero sí brutales. A cambio, pidió colaboración y una base en Outlaw para que los suyos pudieran asentarse. Los terroristas accedieron, enfrentándose así no solo al gobierno de la Tierra, sino también al de las colonias, que se oponía a cualquier acto de guerra.

Las imágenes de las cámaras de seguridad de los locales cercanos también se filtraron, mostrando al Cuerpo de Greed mutilando los cadáveres, saqueando tiendas y rebuscando entre los cascotes cualquier cosa que considerasen de valor para dejarlas a los pies del dracónido casi como si fuera una ofrenda, mientras chasqueaban las mandíbulas y se golpeaban la cabeza a sí mismos con movimientos dementes.

La entrada en juego de los dracónidos lo cambió todo. Los gobiernos unidos de la Federación prometieron la amnistía al líder de Dominion si se entregaba y paraba aquella locura. Los terroristas no accedieron, pero hicieron público un comunicado en vídeo también cargado de promesas. Su líder, con los ojos ocultos tras un visor, anunciaba un nuevo ataque, con más piratas (así se refirió a la alianza de fómidos y dracónidos) y más destrucción, si no se garantizaba la independencia de las colonias extremas, y para ilustrarlo, ejecutó a seis políticos, dos de cada concejo colonial, sin

importar su ideología ni el partido que los respaldaba. El poder, decía, les pertenecía ahora, y si tenían que luchar para ser libres, lo harían.

La Tierra no quería luchar. Los terroristas cerraron los puertos para que nadie pudiese huir, y los pocos que se atrevían a contrariarles, desaparecían. La decisión fue dura. Las negociaciones llevaron semanas. Los Dominion se exhibían, sin miedo después de que su líder diese la cara. En la Tierra y Marte la gente salía a manifestarse triste, en silencio, pero aterrada, a favor de la independencia, a favor de claudicar, temblando ante la amenaza de otra guerra dracónica. Otros pensaban en sus hermanos, sus familias atrapadas en el Extremo de la Galaxia, que tendrían que someterse a la dictadura terrorista que parecían perseguir los Dominion. Fue terrible, y se saldó con la capitulación de la Tierra. Otorgaron la autonomía a las colonias, a cambio de un pacto de no agresión y de Greed.

Dominion accedió. Entregaron al dracónico inmovilizado a una nave terrestre en el puerto de Maru, que lo llevó a la Tierra para interrogarlo, juzgarlo, y aplicarle el castigo que la ley estableciese. Las tropas fúrmidas pasaron a estar bajo el mando golpista, y las colonias obtuvieron una independencia que nadie quiso celebrar. Los piratas, que efectivamente se afincaron en Outlaw, murieron sin descendencia, pues como se descubrió al analizar sus cadáveres todos eran machos, y el pueblo de las colonias, hartos de la tiranía terrorista, aprovecharon la debilidad de Dominion años después para deponer el gobierno, obligarlos a retirarse, y retomar así el contacto con la Tierra, de la que habían estado aislados a la fuerza y que ahora era más segura que nunca gracias a la creación de la Federación Galáctica. Sin embargo, la ideología que impulsó la creación de Dominion resistió, y en la actualidad se manifestaba mediante corpúsculos clandestinos que se dedicaban sobre todo al tráfico de armas.

Jack iba pensando en eso mientras miraba por la ventana el discurrir de los ríos de Balfour. Los colonos Pierce eran pioneros endiosados de los que sus padres hablaban en las sobremesas y en las reuniones familiares. Eran héroes sacrificados, mártires, y él heredó ese discurso y creía que el Mundo era su legado. Le pertenecía, y velaría por su estabilidad. Por eso, cuando vio que uno de los ríos había reventado y el extremo de la cañería estaba taponado por un material que no alcanzaba a reconocer, llamó la atención de Ferrec y le instó a bajar para echar un vistazo. El criminal, sin embargo, no dio la orden a su chófer.

— En la estación nos dirán lo que ha pasado.

Pero eso no tranquilizó a Jack. Habría jurado que lo que bloqueaba la tubería era hielo, de no ser porque en Mundo Agrícola el hielo se derretía en cuestión de minutos.

Aparcaron dentro de los muros del complejo generador número dos. El aparcamiento estaba lleno y nada hacía pensar que hubiese algún problema, aunque no se escuchaba el ruido sordo que provocaba la actividad de los generadores obligando a los operarios del interior a usar orejeras.

La estación de hidrogénesis podía considerarse un centro de reciclaje a escala planetaria. Se utilizaban varios métodos para la obtención de agua, desde la condensación, que utilizaba la energía que recogían las placas de las granjas fotovoltaicas para crear un gradiente de temperatura suficiente para condensar el vapor de agua atmosférico, hasta la combustión de los desechos orgánicos que generaba la actividad de la colonia. Sin embargo, el mecanismo principal y lo que permitía la supervivencia del planeta era una reacción química que se llevaba a cabo en inmensas torres generadoras.

En las zonas más profundas de los valles de Mundo Agrícola, lo que alguna vez pudieron ser los últimos reductos de mares y océanos, había depósitos naturales de hidróxido de sodio. La hipótesis más aceptada entre la comunidad científica para explicar estas acumulaciones apuntaba a que, en los últimos compases de la vida del agua líquida en el planeta, las grandes masas de agua salada estuvieron sometidas al impacto de fuertes tormentas que podían durar semanas. La energía que aportaron las descargas eléctricas pudo llevar a la liberación de hidrógeno y cloro a la atmósfera, mientras el agua iba quedando reducida a una solución de sosa que acabó acumulándose en la orilla. Se basaban en suposiciones, pues cuando colonizaron Mundo Agrícola la radiación había acabado con muchas de las evidencias de lo que había pasado allí cuando aún había vida, pero la

posibilidad de obtener resultados similares en laboratorio al someter a electrólisis una solución acuosa de cloruro sódico postuló esta suposición como la más probable.

En las torres del generador se hacían reaccionar grandes cantidades de hidróxido con ácido clorhídrico importado de Outlaw y, más recientemente, de Elysia, donde se obtenía en estado gaseoso durante el proceso de recolección de gel fuel. El resultado era una interacción violenta que desprendía muchísimo calor, pero las medidas de seguridad en los tanques donde ocurría aseguraban que no hubiese ningún accidente. El calor se utilizaba a su vez para generar electricidad, de la que se nutría cierta parte de los ranchos, y los productos resultantes eran sal común, que exportaban a un precio irrisorio, y agua, que después de pasar el oportuno sistema de filtrado para asegurar su potabilidad, era enviada a las cañerías que surtían las islas a un caudal ligeramente superior al metro cúbico por segundo. Era todo un logro.

Jack era un amigo personal de la directora del complejo, una mujer de gran influencia en la política colonial. No era la primera vez que la visitaba allí, así que fue él quien los guió hasta su despacho. Nadie les dio la bienvenida en el mostrador, ni se cruzaron con nadie por las escaleras o los pasillos.

— Aquí ha pasado algo.- dijo Jack después de un rato de silencio en el que solo escucharon el eco de sus pasos.

— No lo parece.- replicó Ferrec.

— Esto suele ser un hervidero, la mitad de la colonia trabaja aquí y no hemos visto a nadie. No es normal.

— Estarán ocupados con la avería.

— ¿El recepcionista también?

Ferrec torció la boca y se dirigió a sus guardaespaldas.

— ¿Qué opináis vosotros?- preguntó.

— Huele a humo.- dijo uno de ellos, sin más.

Fue tan tajante y sonó tan seguro que incluso Phineas pareció vacilar por un momento. Siguieron avanzando por los pasillos asépticos del edificio de oficinas del generador. Las luces se encendían a su paso. No había un solo indicio de violencia.

— Deberíamos volver y avisar a la policía.- sugirió Jack.

— No hagas caso de estos dos. Son exmilitares, demasiado cautos.

— Y mejores que la policía, con ella no estarías más seguro.- puntualizaron.

— Con ella no estaría aquí.

— Me aturden tus quejas, Jack.- le espetó Ferrec.- No desmerezcas la reputación que te has creado.

Eso hirió a Jack en el orgullo, y replicó ofendido.

— Tú tienes más intereses que nadie en el agua de esta colonia, sin nosotros no tendrías un negocio que dirigir.

— No olvides cuál es tu lugar en ese negocio.

Llegaron a la puerta del despacho sin encontrarse con nadie. Llamaron, y no obtuvieron respuesta.

— ¿Carol?- preguntó Jack con timidez.- Carol, soy Jack Pierce. ¿Puedes hablar?

Mismo resultado. Los guardaespaldas se llevaron las manos a la cadera. Uno de ellos desenfundó el arma y agarró el pomo.

— ¿Qué cojones hacéis?- se sorprendió Jack al verlo.- ¡Vámonos de aquí! Si ha pasado algo no es asunto vuestro solucionarlo.

Los tres lo ignoraron. La puerta no estaba cerrada. El guardaespaldas entró con la pistola al frente. La pared del fondo del despacho era un ventanal que daba a las instalaciones de acceso restringido del generador, deformadas ahora por el humo y el baile anaranjado de las sombras que proyectaban. En el suelo, fluyendo desde el escritorio, se extendía un charco de sangre fresca.

— Mierda...

Jack se quedó plantado en el marco de la puerta, aterrado, mientras Phineas avanzaba tras sus hombres, que ya estaban inspeccionando la mesa y le impidieron acercarse demasiado. El cadáver de la directora estaba allí. Se había escondido debajo y alguien le disparó en la cabeza sin contemplaciones. Se la destrozaron, desde la mandíbula hasta la frente.

— El arma que usaron contra ella no es federal. El recorrido de la herida está cauterizado, ha sido un rayo. La apuntaron desde abajo. Si ya estaba escondida, quien lo hizo tuvo que agacharse y forcejear con ella para poner el arma a la altura de la escápula. El disparo debió tocar la carótida, de lo contrario no me explico toda esta sangre.

— ¡Basta!- gritó Jack.- Conocía a esa mujer, joder, no.... Hay que avisar a la policía, llamar a la estación orbital, o...

Ninguno de ellos se movió, fue como si ni lo hubiesen escuchado. Ferrec guardaba silencio, mirando el generador a través del ventanal.

Había sido una matanza. Desde aquella altura se podían ver los cuerpos de los trabajadores esparcidos por el suelo, mutilados. Había marcas de disparos en las paredes, rastros de sangre que las víctimas habían dejado al arrastrarse por el suelo en sus últimos estertores, y huellas grandes, oscuras, que se mezclaban con las humanas. Eran pisadas con dos dedos acabados en una uña afilada. Solo había una criatura conocida con esa planta.

— Fórmidos.- susurró un guardia.

— Piratas.- dijo el otro.

No hizo falta ninguna orden. Phineas echó a correr detrás de Jack, que ya marcaba el camino por el pasillo. Los guardaespaldas les ganaron

terreno y pronto se colocaron a la cabeza dispuestos a protegerlos a ambos. Salieron del edificio entre jadeos, pero cuando iban a cruzar el patio de entrada en dirección al coche, el primero de ellos extendió un brazo y los obligó a ponerse a cubierto en la esquina de un pequeño edificio de mantenimiento. Se escuchó el ruido de un motor y una nave los sobrevoló. Era pequeña y ágil, con seguridad una nave de asalto.

Permanecieron así unos minutos.

— ¿Qué hacemos así todavía? ¡Ya se han ido!- gritó Jack.

— ¡Silencio, maldita sea! No nos escondemos de las naves, sino del preed que hay ahí delante.

— ¿Qué cojones es un preed?

— Es tecnología pirata, un robot de guerra. Están llenos de nohadina, un gas neurotóxico que se libera al más mínimo contacto. Suelen levitar, como los drones, pero este está en el suelo. No entiendo por qué, ya debería haber estallado.

— ¿Y qué hacemos?

— Daremos la vuelta. Intentemos no llamar su atención.

Rodearon el edificio despacio, con la espalda pegada a la pared. Phineas estaba sudando, tiró la chaqueta al suelo y se quitó la corbata para abrirse un par de botones de la camisa. Parecía al borde de la asfixia.

Pudieron ver al preed en cuanto abandonaron la cobertura con la intención de salir a pie de allí. Era una máquina esférica, pequeña, con varios apéndices cilíndricos que se contraían y se estiraban permitiéndole así moverse. De alguna manera, él también los detectó. Sus apéndices se iluminaron con un chasquido y se movieron como girándose hacia ellos, proyectando el holograma de un hombre desfigurado, con la cara angulosa infinitamente larga, mirada profunda y una sonrisa siniestra que anticipaba el placer de la destrucción.

— Eso no es un preed. Los preeds no tienen proyectores, ni se comportan así.

— ¿Qué es, entonces? - preguntó Jack.

— ¿Acaso importa?

Empezaron a correr. Les persiguió una voz metálica, una risa enloquecida. El holograma se burlaba de ellos sin moverse siquiera. Solo saltó, y desde su ecuador desplegó varios cañones que dispararon a la vez una ráfaga horizontal de balas. Los alcanzó a todos en la espalda, no había disparado a matar. Cayeron desplomados, pero vivos.

Se arrastraron lo más rápido que pudieron. El escolta que les había advertido de su presencia consiguió levantarse y apuntar su arma, pero no pudo apretar el gatillo antes de que la máquina le disparase a bocajarro. Era mucho más veloz que ellos. Los adelantó y, obligándolos a detenerse, el holograma se inclinó hacia ellos como si estuviera observándolos. Entretenido, esbozando una media sonrisa. Un leve movimiento del otro

guardia, que intentaba echar mano de su pistola, le costó la vida por un solo balazo, certero, entre los ojos. El holograma ni desvió la dirección de su mirada, porque no le hacía falta. Veía en todas las direcciones, allí donde apuntaban sus cámaras.

— ¿Quién coño eres tú?- preguntó Ferrec entre gorgoteos. Un hilillo de sangre le resbaló por la comisura de la boca.

Su verdugo no se dignó a darles ninguna respuesta, ni siquiera parecía entenderlos. Más allá de su mirada desquiciada, antinatural, y sus exageradas carcajadas inhumanas, no había nada en él que insinuase alguna emoción real. Siguió riéndose, cada vez más alto hasta que se hizo insoportable. Phineas y Jack se taparon los oídos y el holograma se inclinó con las manos sobre el abdomen incapaz de contenerse, riendo casi con rabia. Luego, levantó los brazos y la cabeza al cielo en un gesto triunfal.

— ¡Boom!- gritó.

Y un doloroso destello blanco los cegó antes de que las llamas acabasen con todo y el agua desbordada arrastrase sus cuerpos hasta despedazarlos.



Sobre el generador se elevó una vasta columna de humo, oscura y densa, que fue visible desde el rancho Pierce y sus fincas vecinas hasta las pedanías de Cabañal o Sace más cercanas a la isla de Balfour. Desacostumbrados como estaban los agricultores a ver nubes, menos aún cielos encapotados como aquel, mucha gente salió a la calle a contemplar el fenómeno. La explosión hizo que en el campo los jornaleros levantaran la vista, permitiéndoles tomarse un respiro durante unos minutos con las herramientas descansando en el suelo, y que los bryyo'maks respetuosos de las antiguas costumbres hincasen la rodilla en actitud contemplativa, alabando el fuego con sus cuatro brazos. Antes de que nadie pensase en la vida de los trabajadores y cundiese el pánico, su muerte se convirtió en un espectáculo.

El hijo menor de Jack estaba en Las Charcas ajeno a todo, intentando recuperar el aliento apoyado en el tronco de un granado joven, no muy alto, pero con una copa espesa que rebosaba hojas brillantes. Florecería pronto.

Los pasos que les habían llevado hasta allí todavía retumbaban en su cabeza, donde el flujo de la sangre arrastraba también el latido de su corazón. Hurgó en su mochila y suspiró aliviado al notar el gélido saludo del acero. Respiraciones cortas y rápidas, alerta. Se pasó el antebrazo por la frente. Debía darse prisa. Se habían saltado el colegio, y después del jaleo que montaron en los establos todo el rancho andaría tras su pista.

Llevaba una camisa de cuadros mostaza con líneas en azul marino a medio abrochar, pantalones resistentes y unas buenas botas. En el costado izquierdo, el sudor que cercaba su axila se mezclaba con una enorme

mancha oscura que crecía por momentos. Se abrió los últimos botones y sacó de su refugio el huevo de cleoptra que había robado. Aquellos animales lo fascinaron desde que tenía memoria, le costaba creer que, con su descomunal tamaño y esas placas que los blindaban, pudieran reproducirse de una forma tan frágil. Los huevos eran grandes y largos, ovalados, aunque cuando la eclosión está próxima aparecen tan deformados que podrían considerarse casi cilíndricos. El embrión apenas estaba protegido por una membrana. La superficie era amarillenta y translúcida, muy suave al tacto. Solía notarse pegajosa porque las madres secretaban una sustancia antifúngica con la que la lamían para protegerla de los hongos y favorecer que su puesta permaneciese unida, pero el contacto con su ropa la había resecado y ahora estaba ligeramente rugosa.

Su primo Lisias, de pie a su lado, se apoyaba en las rodillas sin resuello. No se movía excepto para lo que le era imprescindible, y esa mañana habían corrido por lo menos media hora para esconderse en los granados, donde con toda probabilidad nadie se acercaría. Sudaba como un cerdo, y cada pocos segundos se limpiaba la cara con el ribete de su camiseta. Quiso decir algo acerca del huevo, pero en lugar de eso, roncó, incapaz de hacerse dueño de su respiración, y el sonido le hizo tanta gracia que empezó a reírse, atragantándose en cada inspiración hasta que su diafragma lo solucionó con un ataque de hipo.

— Qué fuerte, tío.- le dijo cuando por fin fue capaz.- Esa cosa casi te mata.

— Eso te habrá parecido, pero los bichos me tienen mucho cariño. Nadie los cuida como yo.

— No importa, hoy no llegarás vivo a la cama. ¿Sabes cuánto cuesta una cría de cleoptra? Tu padre te va a matar.

— Mi padre no va a enterarse, porque para eso hemos evitado que nos viesen. Y tú no vas a decir nada.

— ¿Yo? No, tío, qué dices, pero ¿y cuándo encuentren el huevo? Alguien dirá algo.

— ¿Esto? Si se pudre en dos días... lo enterramos un poco y nos olvidamos.

— Tú sabrás.

— Eso es.

— ¿Puedo cogerlo?

— Claro.- lo cogió con ambas manos y se lo tendió. Lisias se limpió la nariz antes de cogerlo.- Como se te caiga, te mato.

— Sí, sí...

— Hablo en serio.

Le contestó con una mueca, sin mirarlo realmente. Tenía el huevo en brazos y lo miraba al trasluz. La larva se distinguía bien, sin muchos detalles.

Era una masa amorfa de patas. James aprovechó para sacar sus herramientas de la mochila. No eran gran cosa. Llevó una plancha hecha con hojas de peiratis prensadas, una planta nativa de K2L con el característico tono azulado de la vegetación de la colonia. La puso en el suelo y, sobre ella, una cuchara, un cúter y pinzas. También había llevado bolsitas por si quería tomar alguna muestra para verla más tarde en el microscopio que tenía en su dormitorio.

— Es una pasada.

— Y que lo digas.

— ¿Sabes que nunca había tocado uno?

— Qué dices, ¿mi padre nunca te ha obligado a limpiar los establos o algo así?

— No. Quiso llevarme a dar una vuelta una vez, pero mi madre no me dejó. Está muy acojonada desde lo de mi padre.

El padre de Lisias, Matthew Cook, murió cuando él tenía cinco años. Jack y él eran buenos amigos y a menudo trabajaban juntos. Un día, mientras intentaban extraer las glándulas venenosas de los adultos jóvenes antes de prepararlos para montar, uno de ellos se escapó. No habían podido sedarlo. Matthew fue tras él y lo acorraló en una esquina del establo. Levantó las patas traseras, amenazadoras, pero cuando quiso esquivarlas, se lanzó a por él con la cabeza. La juventud del espécimen evitó que una sola mordedura pudiese arrancarle la pierna, pero la contracción de los músculos al atacarle inyectó el veneno a través de los colmillos. Lo sacaron de allí y llamaron al médico del rancho, que lo derivó al hospital de Artiga tras administrarle un antídoto que no fue suficiente. Sufrió un paro cardíaco antes de llegar a la ciudad.

— Supongo que es normal, pero tendrá que acostumbrarse a esas cosas. No puede mantenerte lejos de las cleoptras toda la vida, y menos aún viviendo aquí.

— Creo que ese es justo su plan. Martin dice que en cuanto tenga unos años más va a encerrarme en la oficina hasta que salga con el trabajo aprendido.

— Te pega ser oficinista.- dijo, aunque no lo creía en realidad. Si tuviesen ese plan para alguien, sería para él. Prefirió no decírselo, Lisias se quejaba a menudo de que los comparaban demasiado y siempre salía perdiendo, si se le terciaba mosquearse tendría que gestionar demasiadas emociones para el poco tiempo que tenían. Le costaba entender las luchas que emprendía su primo contra sí mismo cuando lo herían en el orgullo porque la naturaleza de cada uno es única, así que el complejo de inferioridad solo puede ser una distracción, una expresión de mediocres y poetas. Lisias nunca haría nada importante, no hacía falta conocerlo mucho para darse cuenta. Sentía, pensaba y actuaba bajo los dictados de su mediocridad, y gastaría su vida pensando en lo que no es capaz de conseguir

ni consiguió en lugar de en fortalecer sus habilidades para hacer con ellas lo inimaginable, porque siempre encontraría a alguien que lo hiciese mejor. Y sí, quizá algún día fuese oficinista, incluso puede que algún día gobernase el rancho, pero nunca podría sacudirse la mediocridad de encima.- ¿Me devuelves el huevo?

— Sí, toma.- Lisias sonrió con cariño y lo dejó con cuidado en la plancha. Luego, cogió la cuchara y se la acercó a la cara para examinarla.- ¿Y qué vas a hacer con esto? ¿Vamos a comernos al bicho?

— No sé.

James se cruzó de piernas y apoyó en su rodilla un cuaderno de tapas de cartón y hojas a cuadros con una goma elástica que sujetaba un lapicero con minas de grafito. Su primo se burló de él, y con razón. Era anacrónico, lo sabía, mucho menos práctico que usar la pulsera o una tableta, pero él detestaba dibujar así. Además, le gustaba su cuaderno. Se lo había regalado su madre, la única persona a la que conocía que todavía usase el papel para escribir. Resultaba muy caro.

Buscó las últimas páginas que había rellenado. Había varios dibujos de la cleoptra echa un ovillo, guardando la masa de huevos con sus patas. También tenía dibujos de los nidos que construían, oquedades amplias pero no muy profundas en la tierra, donde había más humedad. Era fácil acceder a ellas. Los establos solían construirse sobre cimientos con paneles de acero para evitar que se escapasen cavando después de la eclosión. Luego aseguró el huevo para que no se moviese, y cogió el cuchillo. Parecía que Lisias hubiese estado esperando ese momento.

— ¡Eh! ¿Me dejas abrirlo a mí?

— No.

— Venga, James, ¿qué más te da?

— No, Lisias, ya lo has cogido un rato que es más de lo que te dije que harías. A partir de ahora, solo mirar.

Le sorprendió la resistencia que opuso cuando intentó clavar el cuchillo, era más duro de lo que parecía. Apoyó el filo cerca del centro del huevo, y lo deslizó suavemente siguiendo su eje. No consiguió abrirlo, pero rasgó la cáscara. Separó con los dedos los planos de la incisión y observó que el cuchillo había arrastrado restos que se habían acumulado en la comisura. Eran sólidos, cerosos. Tomó nota y repitió la operación, esta vez clavando la punta. Un fluido gelatinoso salpicó sin demasiada fuerza y resbaló hasta la plancha. Lisias arrugó la nariz, se apartó, y boqueó fingiendo repulsión cuando en realidad estaba disfrutando del gore. Era un morboso.

— Ugh, tío, qué asco. Qué fuerte.

El cuchillo se movía ahora casi sin ningún esfuerzo. En cuanto la hendidura fue lo suficientemente ancha, la cabeza de la larva resbaló sobre ella y quedó colgando, inerte. James apartó la mano, sobresaltado, y ahogó un jadeo mientras su primo lo espoleaba y hacía muecas. Le dio la sensación

de que la cleoptra se había sacudido para salir, y por un instante se planteó si debería seguir. No contó con que la cría pudiese sobrevivir de forma tan prematura. Apretó los puños y se puso nervioso. Le pareció oír voces. Apartó su cuaderno y se puso de rodillas.

— ¿No vas a dibujar nada?

— No. Todo lo que quiero ver, lo he visto ya en la pulsera. Tengo muy buena memoria, tomaré notas después.

— ¿Y para eso has montado todo este rollo? ¿Para que tengamos que robar otro huevo en tres meses para que completes tu investigación?

— No te rías de mí, Lisias, dibujar no es primordial. Lo que yo quiero es verlo, verlo de verdad. Es demasiado importante, tengo que hacerlo bien.

Necesitaba concentrarse, no podía dejar que las dudas lo paralizaran. Las cleoptras eran fascinantes, pero solo eran bichos. Tenía que verlo.

— Esto no es importante, tío, es asqueroso.

— Vete a la mierda, idiota.

— Qué mayor.

James cerró los ojos y metió la mano en el huevo. Enseguida notó las patas a su alrededor, rozando su piel según profundizaba, sumergiéndose guiadas por su movimiento. Muertas. Su cuerpo era tan ancho como la palma de su mano. La cogió y tiró de ella hasta sacarla del huevo y extenderla en su improvisada mesa. Cuando volvió a abrirlos, su decepción fue evidente. Era un individuo demasiado joven.

Escuchó gritos lejanos, tenues pero inconfundibles. Intentó ignorarlos.

— ¿Has oído eso?

— No.

— Sí, he oído tu nombre. ¿Nos estarán buscando?

Lisias miró en todas direcciones, de puntillas, con la mano en la frente. Los rodeaban centenares de árboles, no veía a nadie a no ser que estuvieran a pocas hileras de ellos.

— Sin duda, pero no he oído nada.- contestó James mientras examinaba la cáscara vacía por dentro.

— Creo que era Solomon.

— Genial, si nos encuentran, nadie mejor que él. Suelo caerle bien cuando le cuento por qué hago estas cosas.

James estiró la cleoptra tanto como pudo. Tuvo que manipular sus antenas, que eran largas y delgadas y estaban enroscadas la una a la otra. Debía medir treinta centímetros sin contar las antenas, cuando lo normal era que nacieran con entre cuarenta y cincuenta, y lejos de mostrar el característico color metálico de los adultos, sus tergos eran mantecosos, más pálidos que la propia cáscara del huevo. Las maxilas estaban desarrolladas y bien diferenciadas, pero los ocelos eran solo esbozos de

puntos negros sobre la base de las antenas, ni siquiera parecían un único órgano.

Su primo lo zarandeó, apremiante.

— Escucha, huele a humo, y creo que puedo verlo por allí.

Molesto, James siguió la dirección que marcaba su primo.

— ¿Por la Noria?

— No, si fuese en la Noria del Tuerto se vería sin problemas, tiene que ser más arriba, por el Cerro Lobero.

— Sí, claro, o en el polo.

— Hablo en serio, James, algo pasa.

— Déjame ya, Lisias, yo no veo nada.

Se sentía acorralado. Le dio la vuelta a la larva y con un golpe seco del cuchillo le cortó la cabeza. Notaba el corazón en la sien. Cogió aire y le olió a humo, seguramente un espejismo, sugestión. El segmento inmediatamente posterior a la cabeza era de gran importancia. Abrió al animal en canal hasta el séptimo segmento, la sangre se mezcló con el resto de fluidos en las mangas de su camisa. Todo se tiñó de rojo y James perdió de vista el esófago, al que había seguido con la intención de ver la molleja de la cleoptra. Podía ver con todo detalle las imágenes anatómicas en su mente, pero no encontraba ninguna estructura en aquel amasijo de vísceras. La frustración le pudo, quiso romper a gritar.

— ¡James, escucha!

Su primo lo cogió por el hombro y volvió a zarandearlo.

— ¡Te he dicho que me dejes!

Agarró la cría decapitada y la tiró, nublado por la cólera, a la cara de su primo. En cuanto cayó al suelo, su cuerpo su contrajo presa de una arcada. Trastabilló hasta un granado, y vomitó apoyado en su tronco.

— ¡Qué asco!- se limpió como pudo y se giró hacia James.- ¡Eres insoportable cuando te pones en plan cerebritito! ¡Joder, idiota! Crees que haciendo estas tonterías acabarás convirtiéndote en un científico importante, pero lo más seguro que es que acabes conmigo en la oficina. ¡Imbécil!

— ¡Solo necesitaba tiempo, y ahora mira, ya no puedo usar eso para nada!

— ¿Y qué, es culpa mía?

— No, la culpa es mía, por pedirte que vinieras conmigo.

— ¡Todo lo que haya que saber de las cleoptras ya se sabe, llevan aquí siglos!

— ¡Necesitaba verlo!

— ¡Estás loco! Nos están buscando, ¿cómo no te das cuenta?

Lisias se lanzó contra él a plomo, lo cogió por el brazo derecho y se tumbó con todo su peso sobre su espalda. Luego le tapó la boca y,

exhortándole a permanecer callado, pero sin soltarle el brazo, le pidió que escuchase. Se oían sonidos sordos muy distantes, explosivos, un ruido de fondo similar a un rugido y, alto y claro entre ellos, la voz de Solomon gritando sus nombres.

— ¡Mierda!- se retorció intentando sacudirse de encima a su primo, pero ni siquiera pudo hacerle perder el equilibrio.- ¡Quita de encima, Lisias!

— Tenemos que llamarle, ¿y si hay un incendio?

— ¿Crees que nos busca porque hay un incendio en el Cerro Lobero? ¿Cuándo en tu vida has visto fuego aquí, idiota? Viene porque hemos robado el huevo y hemos vuelto locas a las malditas cleoptras.

— Te cubrirá, ya lo verás.

— ¡No quiero que se entere, Lisias!

— Eres un crío, James.

— ¿Y qué eres tú? ¡Déjame al menos que la esconda!

Lo soltó. Se puso en pie de un salto y corrió a deshacerse de la larva y el huevo.

— ¡Solomon! ¡Estamos aquí!

— ¡Lisias!- contestó su hermano. Se escuchaba cerca, pero no conseguía verlo.- ¿Dónde estáis? ¿Estás con James?

Su primo siguió chillando. Él se ocultó tras uno de los árboles y, con el pie, retiró a patadas algo de tierra de entre sus raíces. Cuando quedaron a la vista, se agachó y usó las manos. Apenas pudo cavar. Metió el cuerpo en la cáscara con las patas sobresaliendo por la fisura, y la cáscara en el ridículo agujero que había hecho. Luego le echó la tierra que había retirado por encima, y la pisó varias veces porque quedaron sin enterrar muchas de sus extremidades. Estaba a punto de echarse a llorar.

Una nave descomunal atravesó el cielo a toda velocidad, sin reparar en ellos. Lisias se acercó a él, despacio, el rostro desencajado y el miedo asomando a sus ojos. También quería llorar.

— ¿Qué es eso, tío?

— No lo sé.

Nunca, ni siquiera en uno de los grandes puertos del planeta, habían visto una nave como esa. Parecía estar hecha de piedra, sin cabina ni motores, con el aspecto de una oruga. En el casco se balanceaba un amenazador cañón tribanda, y sus puertas estaban abiertas. Vieron saltar a varias personas, no muy lejos de allí. Antes de tocar el suelo, apuntaron sus armas a los granados y dispararon contra ellos una vaharada de fuego que los hizo desaparecer en una nube de espeso humo blanco.

— Tenemos que irnos con tu hermano, James. Ahora mismo.

Asintió, sin acertar a decir ninguna palabra. Metió su cuaderno en la mochila, y echó a correr detrás de Lisias, con el cuchillo en la mano.

— ¡Solomon!- gritó, lo más fuerte que pudo.- ¡Estamos volviendo al rancho!

— ¿Dónde estáis? ¡Llegaremos antes en mi cleoptra!

— ¡Estamos en la fila de la roca roja, justo donde te caíste el año pasado y te partiste los dientes! ¡Date prisa, hay gente quemando los árboles!

— ¡Os encontraré, vosotros seguid corriendo!

Las piedras se les clavaban en los pies, y cada paso resonaba como una tormenta. Los jadeos de Lisias se convirtieron en un acceso de tos que le obligó a parar. James siguió corriendo, confiando en que lo seguiría cuando se recuperase, hasta que lo escuchó gritar. Se giró y lo vio huir hacia la izquierda, perseguido por un enorme extraterrestre. No tuvo que pensar mucho para reconocerlo, su imagen se podía encontrar en todos los libros de historia del planeta. Era un pirata.

James se quedó petrificado, atenazado por el miedo y el deber. Levantó el arma, tuvo el impulso de correr tras ellos, pero sus piernas no le obedecieron y se cayó después de dar un par de pasos torpes. De repente, el mundo a su alrededor se enturbió y solo hubo espacio para los alaridos desgarradores de Lisias en medio del sofocante resplandor que despedía el lanzallamas del pirata. Se sintió flotar, levantarse del suelo empujado por una fuerza desconocida. Vio los guijarros del suelo distorsionarse, las malas hierbas inclinarse a su paso. Notó un abrazo cálido, unos brazos fuertes, una presencia segura, y una voz que se hacía hueco entre el caos.

— Ya está, James.- un beso en su cabeza que apenas pudo notar.- Tranquilo, nos vamos ya. ¿Estás bien? Tranquilo.

Su hermano lo había recogido sin detener su montura. Lo colocó contra su pecho y lo sujetaba con un brazo, mientras con el otro azuzaba a la cleoptra. El animal, un macho negro poderoso e inteligente, impetuoso, adoraba a Solomon. Lo montaba desde que tenía dieciséis años. Se movía con una rapidez pasmosa. En tan solo un instante, se levantó dejándolos a ellos cabeza abajo, y se dejó caer sobre el pirata que atacó a Lisias. Solomon ya había descabalgado mientras la cleoptra retorció las maxilas en torno al busto del fómido, que había perdido el arma y la golpeaba en balde con una cuchilla.

— Mierda, joder, Lisias...- James solo alcanzó a ver cómo Solomon se quitaba la ropa y golpeaba con ella a su primo, que se retorció en el suelo entre alaridos de dolor. Luego, lo arrojó con su camisa y volvió a la cleoptra con él en brazos.- No mires, James.- le ordenó.- Ponte detrás de mí.

Se apartó para hacer hueco a su hermano. En cuanto montó, lo abrazó con fuerza.

— ¿Está bien Lisias?

— Sí.- contestó su hermano, seco, sin entrar en detalles.- No te preocupes.



Volvieron a ponerse en marcha, huyendo hacia el rancho.

— ¿Qué pasa?- preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima del galope del animal.

— No estoy seguro.- contestó.- Pero algo malo. Te voy a llevar a casa, ¿vale? No sé qué va a pasar, pero tendrás que ser fuerte. Va a ser un día duro. No protestes, ni preguntes, ni estorbes. Nadie sabe nada, James, y hasta que esto acabe tendrá que ser así.

— Pero, ¿qué ha pasado? ¿Es por las cleoptras?

— No.

James estaba muy confundido, y Solomon le estaba mintiendo con un paternalismo que no era nada común en él.

— Entonces... ¿Lisias está bien?

La solemnidad con que Solomon guardó silencio solidificó en su pecho, asfixiándolo. No lo pudo soportar. Con la mirada aplastada contra la espalda de su hermano, James cerró los ojos. Apretando los brazos en torno a su costado, abrió la boca. Sus miembros entumecidos le devolvieron un latigazo que abrió camino a través de sus músculos para que los recorriese un hormigueo enfermizo que no tardó en convertirse en un temblor incontrolable. Se abandonó por completo al pánico que lo había paralizado, y en la seguridad de la presencia de Solomon, rompió a llorar.

Sus sollozos eran arrítmicos. Los pulmones no querían obedecerle y la respiración se le entrecortaba, mezclándose en su garganta las bocanadas desesperadas de la inspiración y el torrente enloquecido de sus espiraciones. Los quejidos quedaban ahogados en la ropa de su hermano. Durante un buen rato solo escuchó el galope de la cleoptra y las piedras que levantaba a su paso, y aunque no se oía ningún disparo, de alguna forma se notaban en el ambiente. Quizá fuera el olor, o las vibraciones. El animal avanzaba a un ritmo vertiginoso, por eso los habían elegido como monturas en Mundo Agrícola, pero su esfuerzo comenzaba a traducirse en agotamiento. Resultaba evidente porque cuando sus patas se elevaban a la altura del segmento donde habían afianzado la montura tenía que dar bruscos envites para desplazar la carga. Lisias gimió en uno de ellos. No pareció algo consciente, más bien fue como si el golpe le hubiese presionado la espalda empujando algo de aire a través de su boca. Se movió, y uno de sus brazos resbaló hasta quedar colgando, balanceándose inerte, apoyado en el muslo de Solomon.

Su aspecto horrorizó a James, pero fue incapaz de apartar la vista. Resultaba fascinante. Era crudo y violento, sucio, real e inexacto, algo que no podría aprender en la red y que ni siquiera en una Universidad vería desprovisto de misticismo. La piel de Lisias, gruesa y morena a fuerza de sol, había desaparecido casi por completo. Solo era reconocible en algunos parches informes en los pliegues del codo y la axila, y en la zona proximal de la cara externa del antebrazo. El resto era prácticamente indescriptible. Carne de un rojo vivo sin un solo atisbo de sangre, húmeda, muy brillante,

con extensas agrupaciones de corpúsculos ora blanquecinos, ora rosados, y placas de sebo de un intenso color amarillo. El interior de este tejido se presentaba hundido y ennegrecido, a veces de manera difusa, como las marcas que deja un mechero sobre una bola de nieve al intentar quemarla. Y las manos... Lisias debió cubrirse el rostro cuando lo atacaron, por lo que se llevaron la peor parte. El fuego había consumido la piel hasta los músculos. En la muñeca había heridas profundas en cuyo fondo destacaba el resplandor de lo que parecían ser ligamentos, y creyó distinguir que sus paredes estaban cubiertas por costras blandas, marrones, muy oscuras. Los dedos estaban limados, mucho más pequeños de lo que deberían ser, y sus extremos estaban calcinados. No había rastro de ninguna uña.

Solomon le pidió silencio. Estaban dejando atrás los granados y ya se veía la cúpula del rancho. A su espalda, todos los árboles de Las Charcas ardían en llamas que levantaban un humo espeso y blanco, y es posible que lo mismo ocurriese en los territorios de Siete Molinos y Doña Ana, donde la familia poseía un complejo sistema de invernaderos hortícolas. Si el Carril de Tribaldos había podido contener el fuego cabía la posibilidad de que las vides australes se salvaran, pero las naves volaban desde el norte y aquellos eran sus cultivos más rentables, un ladrón inteligente habría marcado allí su primer objetivo. James intentó sofocar sus jadeos, pero el brazo en carne viva de su primo lo hacía imposible. No podía dejar de mirarlo, de estudiarlo. Hizo un cuenco con las manos y se las llevó a la boca para tratar de sosegar, sin resultado. Se manchó de mocos, se limpió con la manga de su camisa, y siguió haciendo aspavientos. Al menos consiguió amortiguar el sonido.

Detuvieron a la cleoptra justo en el límite del rancho. Desde allí los disparos y los gritos se oían claramente. Se acercaron a la cúpula despacio, procurando quedar ocultos tras las fachadas de las pocas casas que habían construido en el exterior. Encontraron un abrevadero roto en el patio trasero de una de ellas. Las puertas y ventanas estaban cerradas, pero el suelo estaba cubierto de ceniza. Había marcas de disparos en las paredes, y una cleoptra joven, de no más de un metro, atrapada en los escombros de su cuadra. Solomon desmontó sin pensárselo y cogió a Lisias en brazos. Si alguien había conseguido refugiarse en la casa, estaría escondiéndose aterrorizado y no saldría a darles permiso para coger agua, ni a negárselo. Mejor usarla que dejar que acabase tirada.

Solomon apartó los restos que parecían peligrosos y levantó a Lisias en vilo como si fuera a sumergirlo, siempre poniéndose delante para evitar que James viera por completo la gravedad de las lesiones.

— ¡Solomon, para! ¡No puedes mojar unas quemaduras como esas!- exclamó.

— ¿Qué estás diciendo?

James se devanaba los sesos para intentar identificar el origen de esa información.

— No lo sé, creo haberlo leído en algún sitio, o quizá se lo he oído a alguien. A algún bryyo'mak, los reptilicus saben cómo tratar las quemaduras.

— Pero solo es agua.

— Créeme. Podría dolerle demasiado, o propiciar una infección. Es mejor que le demos de beber, debe estar deshidratándose.

Solomon pareció reprimir una maldición.

—Ya puedes llevar razón.

Se arrodilló en el barro que se había formado alrededor del abrevadero y apoyó a Lisias en su pierna. La cabeza se le cayó hacia atrás, incapaz de sostenerla en su estado, y abrió mucho la boca. Su hermano arrió el hombro para que lo usase como almohada y, ahuecando la mano, vertió un poco de agua cerca de la comisura de sus labios. Parte del caldo resbaló por su cuello y arrancó de él un quejido sordo a la vez que se contraían los músculos de su cara, pero abrió los ojos y pareció buscarlos haciendo el esfuerzo de enfocar la mirada. Enseguida movió la boca pidiendo más agua, y Solomon le dio de beber hasta que volvió a perder el conocimiento. Tosió varias veces, no le resultaba fácil tragar.

— ¿Y ahora?- preguntó James.

Los hospitales más cercanos eran los de Artiga, aunque Sace quedaba más o menos a la misma distancia. En cualquier caso, ambas ciudades estaban demasiado lejos para llegar en cleoptra. Había un centro de salud a medio camino del Rancho Vegazo, pero tendrían que atravesar de nuevo el campo de granados ardiendo o dar un amplio rodeo, puesto que era probable que los árboles no fuesen el único cultivo que había sido pasto de las llamas. La única opción viable era ir a la consulta del doctor Müller y pedir ayuda desde allí.

Müller era un viejo médico que cobraba por las citas de atención primaria y las revisiones, pero la ley le obligaba a atender de forma gratuita dentro de un horario estipulado. La consulta quedaba cerca de su casa, y aunque no contaba con equipamiento puntero quizá podrían estabilizar a Lisias y protegerlo hasta que consiguiesen una ambulancia u otro transporte para llevarlo al hospital.

— Tenemos que entrar.- contestó Solomon, resolutivo.- Te dejaré en casa y luego llevaré a Lisias a la consulta de Müller.

James levantó la cabeza y miró al rancho. A pesar del tinte fotocromático, que en aquel momento daba a la cúpula una tonalidad parduzca, se podía distinguir perfectamente el humo acumulándose en la parte superior de la bóveda y arremolinándose en torno a los agujeros que la artillería pirata había abierto en ella. Se preguntó de dónde saldría aquel humo. No había demasiados edificios susceptibles de ser incinerados, casi todas las viviendas eran subterráneas y de metal.

— Pero no puedes moverte por ahí tú solo, el rancho estará lleno de piratas.

— ¿Y qué quieres que haga?

Solomon quiso hacer el amago de sonreír, pero no pudo.

— ¿Por qué no lo lleva Martin? Él es su hermano.

— Pero él no está aquí.

— En casa habrá alguien que pueda hacerse cargo.

Solomon cayó entonces en la cuenta de que su hermano podría no llevar razón. Ellos estaban en el patio de una casa que parecía deshabitada. Alrededor había otras casas, humildes pero siempre vivas, donde no se apreciaba ni un solo movimiento. Cuando llegasen a la mansión Pierce podrían encontrársela en llamas, o descubrir que todos sus parientes estaban muertos. Sintió que el corazón se le paraba y que le faltaba el aire. Quizá ellos fuesen los últimos supervivientes. Había que luchar por Lisias.

— No sé qué pasará cuando lleguemos a casa, pero el primo está con nosotros y no pienso dejar que muera. Sé que tienes miedo, pero me avergüenza que no quieras hacer lo mismo.

James quiso protestar, pero la rabia hizo aflorar de nuevo las lágrimas a sus ojos y le impidió proferir sonido alguno. Aquello había sido muy injusto. No quería que Lisias muriera, pero tampoco que lo hiciese su hermano.

Volvieron a montar en la cleoptra y se dispusieron a rodear la cúpula. Solomon fue caminando, agachado y procurando no hacer ruido. Tiraba de las riendas del animal obligándolo a ir también a ras de suelo. La carretera de la cañada, su enlace más directo con Artiga, atravesaba una de las entradas principales de la cúpula, pero estaba fuertemente vigilada. Pusieron rumbo en dirección contraria hasta una de las entradas secundarias, las más transitadas por los agricultores, pero allí también encontraron a un grupo de piratas ocultos tras una nave. Había enormes montones de comida esparcidos por el suelo, la policía debía haberlos sorprendido cuando intentaban cargar la NTA y ahora soportaban una lluvia de rayos mientras esperaban su oportunidad de contraatacar.

Retrocedieron procurando no llamar la atención. La disposición irregular de los edificios a las afueras de la cúpula entrañaba el peligro de que podrían encontrarse con un pirata en cualquier momento. Algunos disparos sonaban demasiado cerca. Solomon se tiraba al suelo y le decía a James que se abrazase a la cleoptra, y esperaban unos instantes mientras miraban frenéticamente a su alrededor, dispuestos a atacar ante el más mínimo movimiento. Lisias respiraba con profusión: inhalaciones largas y sonoras, exhalaciones pasivas y cansadas.

Entraron al rancho por un hueco que encontraron al sur de la cúpula, entre los patios traseros de una casa gigantesca desde la que se veían las tropas aposentadas en la carretera de la cañada y de otra, más modesta, que

lindaba con la trastienda rebosante de barriles de uno de los bares de la calle mayor. Las bombas de los granaderos habían hecho estragos en buena parte del perímetro, y había esquirlas incrustadas en las paredes metálicas de ambas viviendas. Solomon se dirigió a la esquina más cercana de la casa grande y, sin despegarse de la pared, echó un vistazo. El olor del humo era asfixiante, y el ruido helaba la sangre. Se oían gritos que al cercenarse sonaban a súplicas, y el reverencial silencio que exigía su siega era mancillado por rugidos triunfales que podrían parecer carcajadas si los piratas fueran capaces de sentir algo similar a la satisfacción. Sin embargo, a pesar de los lamentos, la carretera estaba vacía. Solo distinguía a la patrulla que guardaba la entrada, allí ya había pasado todo.

El suelo estaba regado de cuerpos. Los cadáveres yacían sobre sus vientres con señales inequívocas de armas de rayos, les habían disparado por la espalda cuando intentaban huir. Otros habían muerto aplastados, los paneles hexagonales que formaban la cúpula habían saltado por los aires y los habían sepultado al caer. Calle arriba había dos piratas rodeados de al menos una decena de bryyo'maks, y apenas unos pasos más allá, en dirección a la mansión, distinguió uniformes ensangrentados pertenecientes al ejército de la Federación. Era grotesco, pero Solomon dejó escapar un suspiro aliviado. El despliegue de las fuerzas del orden contra los piratas lo tranquilizaba, y seguramente les facilitaría la tarea de llegar vivos a la mansión. James no opinaba igual. Todas las ciudades contaban con varios cuarteles de la Policía Federal que se encargaban de la seguridad de las colonias con solvencia material y personal. Si habían movilizad a los soldados de la estación orbital era porque la policía se había visto superada, y si estaban en el rancho en lugar de en las grandes ciudades, era porque los problemas estaban allí.

Costaba asumir que algo así estuviese ocurriendo. Recordaba a los tiempos más oscuros de las alianzas planetarias, al terrorismo del Extremo de la Galaxia y los compases previos a la creación de la Federación. No había nadie vivo que pudiese dar fe de un ataque de tal magnitud.

Tomando la carretera de la cañada llegarían directamente a casa en menos de diez minutos, pero al otro lado, en los establos, había más piratas de los que podía contar. Habían saqueado los almacenes hasta llenar las bodegas de sus naves, y cuando no cupo nada más se dieron a la tarea de acabar con cualquier provisión. Al menos media docena de piratas estaban comiéndose el pienso de las cleoptras en el suelo, directamente desde un contenedor que habían tirado, mientras otros compañeros, armados solo con sus cañones, disparaban al heno y las semillas hasta conseguir que ardieran. Todos se encontraban lejos de la carretera, pero la visibilidad desde allí era absoluta y los atacarían en cuanto pusieran un pie en el asfalto. La única alternativa era tomar la calle mayor. Discurría en paralelo a la carretera de la cañada, por lo que los dejaría a las puertas de casa, pero era

bastante más estrecha. Si se topaban con algún pirata, sería difícil esquivar sus disparos.

Solomon volvió a coger las riendas de la cleoptra y, con el mismo sigilo con el que se movieron fuera de la cúpula, se acercaron al bar para comprobar qué les esperaba. La trastienda estaba llena de desperdicios. Había varias columnas de cajas apiladas llenas de botellas a medio beber que desprendían un aroma dulzón, y los bidones se extendían hasta bien entrado el patio de la casa vecina. Allí debía vivir el propietario del bar, pues de lo contrario nadie permitiría aquella invasión.

Entonces escucharon el sonido chirriante de una puerta mal engrasada. Solomon detuvo a la montura y miró a su espalda con el corazón en vilo. Acababa de abrirse la puerta trasera del bar. Un fómido, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, bebía directamente de un barril de comet grog que habían abierto con las tenazas mientras el licor le resbalaba por el torso, y tras él, el pirata que había empujado la puerta les daba la espalda intentado robarle el barril a su compañero.

Fue cuestión de segundos. El segundo pirata le dio un puñetazo al primero para que se le cayese el barril, y cuando éste abrió los ojos los descubrió a los tres, quietos, observándolos sin saber qué hacer. Gritó algo en ese idioma gutural que utilizaban los fómidos, y se abalanzaron sobre ellos con las tenazas dispuestas a machacarlos.

No hubo tiempo de reaccionar. La cleoptra emprendió el trote y Solomon pareció volar cuando saltó para subirse en ella. Inclino su cuerpo sobre el de Lisias y James se abrazó a su cintura, pegándose a él tanto como podía. Uno de los piratas chocó contra la casa y cayó al suelo, desde donde disparó a los pies del animal. No tuvo éxito, pero en lo que recobraba el equilibrio echó a correr tras ellos el otro pirata. Se trataba de criaturas bastante más altas que un humano promedio, de piernas largas y amplia zancada. La cleoptra era más rápida, sin duda, pero la cercanía del pirata le aseguraba una buena posición de apuntado, a la que se sumaba una calle mayor repleta de obstáculos. Los días de mercado había allí un gran trájín peatonal, de forma que el mobiliario urbano salpicaba toda la vía: desde asientos y papeleras hasta postes para atar a las monturas y vehículos personales aparcados frente a la casa de sus propietarios.

Solomon conducía a la cleoptra de una acera a otra, pasando por encima de lo que hiciese falta. Un rayo les pasó tan cerca que pudieron notar su calor, y otro acertó en las últimas placas del animal, arrancando de ella un chillido y desviándola del rumbo que habían marcado, incapaz de seguir órdenes cegada por el dolor.

Rodearon el cuartel de la Policía Federal, que tenía aspecto de haber sido uno de los primeros objetivos del ataque pues estaba cubierto de hollín, con todas las ventanas destrozadas y sin señal alguna de movimiento en su interior. Desde allí apenas los separaban un par de manzanas de la mansión, pero el pirata que los perseguía supo aprovechar la vacilación de la cleoptra.

Saltó sobre ellos y clavó su tenaza en la muesca que había abierto su disparo anterior en el exoesqueleto del animal.

Entraron cabalgando a la plaza del mercado. Un grupo de soldados de la estación orbital había desembarcado allí y combatía contra tres fómidos que parecían los últimos miembros del batallón que asaltó el cuartel, a cuyos pies parpadeaban haces de luz roja. La amplia explanada estaba cubierta de restos metálicos y circuitería, como si hubiesen destripado a un batallón de robots. Solomon espoleó a su montura con la esperanza de llegar hasta la línea de piratas, embestirlos y, con un poco de suerte, quedar bajo la protección del ejército, pero el que llevaban a rastras no se lo iba permitir. Intentaba encontrar algún punto en el que apoyarse para poder sentarse en la cleoptra cuando alargó el brazo con la intención de atenazar la pierna de James. Él gritó y lo esquivó, pero en lugar de esconder la pierna la dejó caer con fuerza y le dio al fómido una patada en la cara.

Solomon tiró de las riendas bruscamente hacia la izquierda para que la montura girase, no podía permitir que su hermano corriera peligro. En cuanto el pirata entró en su ángulo de visión, la cleoptra lo identificó como una amenaza. Se dobló sobre sí misma, agarró al fómido por la cintura y tiró de él. El pirata pareció resistirse al principio, agarrándose con fuerza a la placa de la cleoptra, pero el animal, con un movimiento seco, se lo quitó de encima y solo quedó un araño con la forma aserrada de las tenazas. Quiso lanzarlo, pero el fómido se agarró con ambos brazos a una de sus antenas y la hizo tambalearse. La cleoptra empezó a cabecear para quitárselo de encima, y en uno de sus movimientos enajenados el pirata metió en su boca el cañón cargado y disparó.

El animal murió al instante. Su cuerpo cayó al suelo con un gran estruendo y la parte trasera se dobló de manera grotesca sobre sus cabezas por la inercia del movimiento. El pirata aterrizó a varios metros de distancia y arrastró en su camino las mesas que el bar de la plaza había dispuesto en el exterior para sus clientes. Solomon empujó a James con la esperanza de que la cleoptra no lo aplastase, y no tuvo tiempo de agarrar a Lisias antes de perder el equilibrio y caer también.

Rodó sobre sí mismo, la piel desgarrándosele contra la grava, y se hincó de rodillas cuando intentó levantarse con la cabeza todavía dándole vueltas.

— ¡James!- gritó con desesperación.- ¡Escóndete! ¡Corre!

Escuchó a su hermano pidiendo auxilio. Estaba cerca de las puertas del cuartel, gritando socorro con voz ronca, tan tensa que podría haberse roto, pero corría en dirección a los soldados, que seguían luchando.

— ¡No!- volvió a gritar.- ¡James, escóndete! ¡Ponte a cubierto!

Creyó que iba a perder el conocimiento. Solomon buscó a Lisias a tientas por el suelo, de manera inconsciente, y haciendo un esfuerzo por enfocar la mirada distinguió el cadáver de la cleoptra a tan solo unos pasos.



Quiso volver a incorporarse pero fue inútil. Se mareó. Llegó hasta el cuerpo gateando, y entonces, ese rugido bronco y lleno de ira.

Se refugió entre las patas del animal, pegándose a su vientre, justo a tiempo de evitar un disparo. Su primo estaba allí abajo, con una pierna atrapada bajo el peso de la cleoptra. Costaba discriminar si seguía vivo, y ni siquiera se planteó comprobarlo. Tenía que estarlo, tenían que aguantar. Solomon empujó el cadáver mientras soportaba otra ráfaga de disparos, y pronto lo hubo desplazado los centímetros necesarios para liberar a Lisias. Se puso de rodillas, siempre a cubierto, y cargó con su primo, las piernas colgando como sin vida a la altura de su cintura, los brazos lánguidos incapaces de aferrarse a su cuello. Estaba húmedo, cubierto por el viscoso plasma que acudía a la superficie de sus quemaduras y que, al caer, había formado costras de barro fino con el polvo de la calle. Al abrazarlo escuchó su esforzada respiración, y se permitió respirar con un alivio que no pudo disfrutar. Levantó la cabeza para asomarse con cuidado y el pirata disparó al instante. Avanzaba en su dirección.

Respiró hondo. Estaba tirado en mitad de una plaza sin un solo lugar tras el que ocultarse. Su única opción era correr, y en cuanto abandonase la cobertura que le ofrecía la cleoptra el pirata abriría fuego contra él. No tenía escapatoria.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Tragó saliva. Con resignación, se separó del cuerpo de Lisias y lo tumbó con cuidado sobre el asfalto, la espalda apoyada en un pliegue del animal.

— No te mereces esto.- susurró.- Pero juro que volveré a por ti. Traeré ayuda.

Lisias no dijo nada. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubiese oído. Por suerte. De otra forma no habría tenido valor de intentar lo que iba a hacer, y habrían muerto los dos. Puede que aún así lo hicieran.

Solomon se hizo un ovillo, apoyó un hombro en la cleoptra, y esperó. Había demasiado ruido. Se oía el estrépito de un incendio en alguna parte, disparos en todas las direcciones, alaridos desesperados, hasta el humo a su paso parecía arrancar ruido de las aceras, pero Solomon esperó.

Los fómidos eran corpulentos. Su altura rondaría los dos metros, y un ejemplar estándar debería pesar entre ciento veinte y ciento cincuenta kilos, si no más. Tenían un exoesqueleto grueso que les protegía y extremidades largas y bien proporcionadas. Él no tenía armas, si se enfrentaba al pirata cuerpo a cuerpo lo haría trizas en cuestión de segundos.

Entonces escuchó sus pasos. Arrastraba ligeramente las piernas, pero apoyaba los pies con rotundidad y su peso hacía vibrar el suelo. Reprimió el instinto de mirar. Caminaba rápido, sin vacilar, probablemente con el cañón preparado. No pensaba andarse con tonterías, iba a cazarlo. Esperó un poco más.

Notaba que el corazón se le iba a escapar del pecho. Tenía al pirata prácticamente encima. Haciendo caso omiso de todos sus instintos, que le

instaban a quedarse allí, a salvo, tensó los músculos de sus piernas y saltó con todas sus fuerzas. Lo hizo prácticamente a ciegas. El fórmido estaba justo delante de él, a apenas un par de pasos de distancia, con el brazo derecho extendido dispuesto a dispararle. Unos metros detrás estaba su hermano James, corriendo en su dirección seguido de algunos soldados. Un pequeño atisbo de esperanza cruzó por su mente cuando impactó de lleno contra el abdomen de su enemigo. No fue un golpe limpio, solo le dio de costado, pero se agarró a su pierna con ambas manos y los dos rodaron por el suelo. Fue consciente de que el arma del pirata se había disparado, pero no notó nada. Rodó hasta que pudo incorporarse y, sin detenerse a comprobar el resultado de su locura, corrió en dirección a su hermano. Lo había hecho. Contó tres soldados escoltando a James, tratando de detenerlo. Había más cuando entraron en la plaza, pero tres eran suficientes para enfrentarse a un pirata solitario.

— ¡No!

James se detuvo en seco, con el rostro desencajado. Solomon quiso coger aire, y no pudo. El pecho le ardía, se quedaba sin respiración, y James gritaba. Cayó de rodillas y abrió la boca, presa de un pánico indescriptible. Tosió. Paladeó el sabor de su propia sangre. Se llevó las manos a la garganta, a los pulmones, y las notó calientes. Las miró. No había manchas, el rayo había cauterizado la herida.

— ¡Solomon!

La cara de su hermano estaba completamente deshecha. Se arrastraba por el suelo, reptando como una serpiente porque sus miembros no le respondían. Dos de los soldados dispararon sus metralletas mientras el cañón del pirata les devolvía el fuego, y el tercero se había agachado junto a James, pero él lo miraba fijamente con los ojos arrasados y la boca abierta de par en par, gritando su nombre.

Quiso alargar una mano hacia él, hacerle entender que todo estaría bien, pero sus músculos no le obedecieron. El disparo del pirata le había atravesado el hombro y el dolor era insoportable. Un centenar de pensamientos cruzaron su vapuleada lucidez sin terminar de materializarse. Tenía miedo, y se sentía ligero, y seguro, como si todo fuese a salir bien. No había razón para pensar que algo pudiera salir mal. Un estridente chillido le indicó que el pirata que los había perseguido había sido abatido. Volvió a intentar mover el brazo, sin resultado. Intentó no lamentar su inmovilidad y cerró los ojos. Solo un pequeño movimiento, un gesto mínimo. Se concentró en su respiración, tumbado boca arriba y sintiéndose mareado. Tenía ganas de vomitar. Escuchar pasos a su alrededor lo confortó. Los soldados se arrodillaron junto a él. James gritaba su nombre.

— Estoy bien.- susurró.- Estoy bien.

